

COLMENAR



PRECIO \$ 1.00

SILVIA
SALINAS



COLOMENAD

TEXTO DE LECTURA PARA 2º GRADO

POR



RICARDO J. RICOTTI
LUIS P. BIESTRO



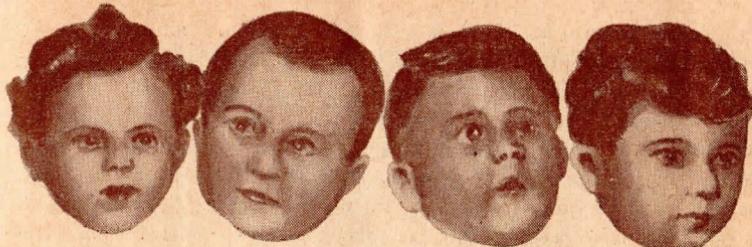
Aprobado por el H. C. N. de Educación
Expediente 1.431 — C. — 937



F. CRESPILO — EDITOR
Bolívar 369 - Buenos Aires

Queda hecho el depósito que
marca la ley No. 11.723.





PRÓLOGO

La vida de las abejas tiene su historia y su leyenda. El investigador, tras paciente observación, ha clasificado toda la fecunda actividad del laborioso insecto. El poeta de antena sutil, que sueña con reinas inverosímiles, encontró en la colmena una de las más pequeñitas y ya no pudo dejar de cantarle!

¡Cuántas estrofas le ha dedicado desde entonces!

Por su parte, el prosista alado, y el novelador de afinada sensibilidad, también se detuvieron a contemplar el rítmico trabajo de la colmena. Y llevaron al libro o al diario todo el secreto de una sociedad tan perfeccionada. ¿Merece todo eso la abeja?

Intentemos una semblanza, como la mejor respuesta.

Tiene ella cuatro alitas membranosas y lleva en el abdomen un aguijón afilado. La familia se divide en tres clases: la Reina, la obrera y el zángano. Cada cual tiene su misión en la tierra, que cumple concienzudamente. La obrera tiene el encargo de extraer el polen de las flores para alimentar a la cría, y el néctar para fabricar la miel y la cera. La Reina se ocupa de ovar en todas las celdas, asegurando así la perpetuación de la especie. Gobierna y trabaja, al revés de lo que hacen los hombres. Hasta aquí todo es perfecto, paradisiaco. Pero el zángano, parecido al haragán crónico, altera la armonía del conjunto. Es un sujeto que no quiere trabajar y pretende vivir de la labor ajena. Naturalmente, que su dicha dura poco tiempo. Cuando la obrera, que no es tonta, se da cuenta de la incurable holgazanería del zángano, lo persigue y mata sin contemplaciones. Allí el trabajo es obligatorio y nadie viola la ley impunemente.

La escuela presenta mucha semejanza con ese reino. Cada grado es una colmena y todos juntos un colmenar. El aula es el jardín adonde el niño, como la abeja, va en procura del néctar para elaborar el rico panal de sus conocimientos: su panal. Y la maestra es flor, obrera y Reina. Zángano es el alumno desaplicado, cuyo fracaso irremediable equivale a la muerte. Existe una diferencia, sin embargo, entre la Reina de la colmena y la del clásico guardapolvo blanco y la dulce palabra: aquélla es insustituible, ésta puede ser reemplazada por el hombre. Pero siempre se percibe la misma inquietud e idéntica belleza moral en ambos sexos. No es un capricho, pues, el título elegido para este libro. Sugiere la vida de la escuela y se ofrece como una abeja laboriosa. Todos sus temas se ajustan al programa de segundo grado de las escuelas primarias de la República y prestarán su utilidad evidente al maestro. De acuerdo con la más moderna de las orientaciones, a continuación de la clase de observación y experimentación de las cosas y de las referencias obligadas desde el punto de vista de la geografía (asociación en el espacio) y de la historia (asociación en el tiempo) corresponde la expresión abstracta. La lectura juega un importante papel en esta delicada parte del proceso. Para que el niño disponga de una buena colección de lecturas apropiadas a los temas que figuran en los programas de Asuntos es que hemos compuesto trozos bellos, amenos y saturados de los más sanos sentimientos nacionalistas, dentro de una ascendente gradación para obligar a ir escalando día a día, pues creemos sinceramente que al infantilizarlas colocaríamos al niño en un plano dado, del que no saldría por su propio esfuerzo. Las deducciones morales deben coronar toda clase. Tampoco hemos descuidado tal aspecto. Además, un buen número de ellas se presta para la dramatización, importante género de actividad.

Resumiendo: "Colmenar" hará ver al niño las cosas reales, dentro de la posibilidad; luego lo llevará en alas del Tiempo y del Espacio, y, posteriormente, le hará deducir consecuencias morales, cultivándole el espíritu y llenándolo de bellas inquietudes.

Nuestros distinguidos colegas, a quienes le cedemos la palabra autorizada, dirán si hemos acertado o no; pero, en cualquiera de los casos, confesamos haber intentado materializar un anhelo juvenil, poniendo al servicio experiencia y mucho del cariño volcado cotidianamente en el aula.

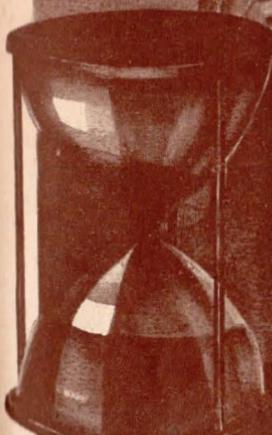
Ricardo J. Ricotti y Luis Perinetti Biestro.

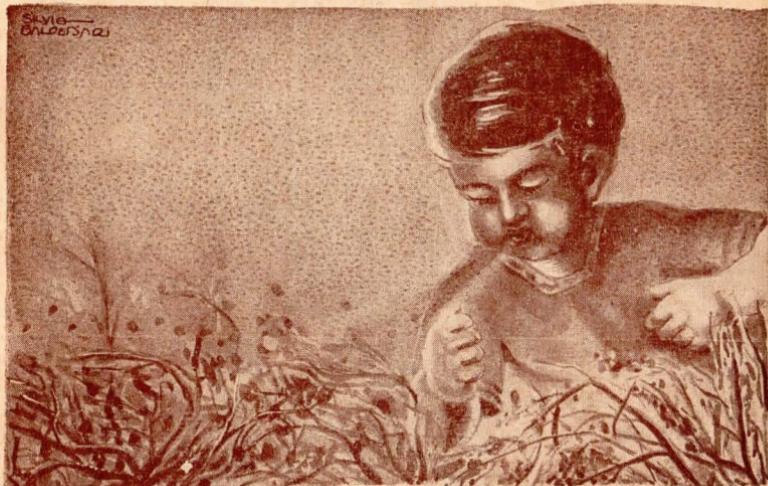


El tiempo era
un dios anciano,
que tenía cuatro hijos: Primavera,
Otoño, Invierno y Verano.

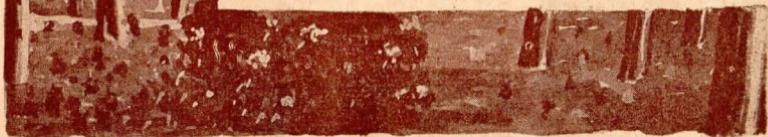
Los cuatro hijos,
de opuestos gustos,
revolvían la casa con prolíjos
gritos, riñas y disgustos.

.....





.....
Y con brutales,
locos rencores,
el Otoño barría en vendavales
la nieve, el calor, las flores...
.....





EL OTOÑO

m'Comienzo otoñal
Es la estación más triste del año, especialmente cuando llega el mes de junio. Los días, a más de ser cortos, suelen ser muy variables. Rara vez el sol nos regala sus fuertes rayos; son más bien pálidos, débiles.

¿Qué le ocurre al astro rey en esa fecha?

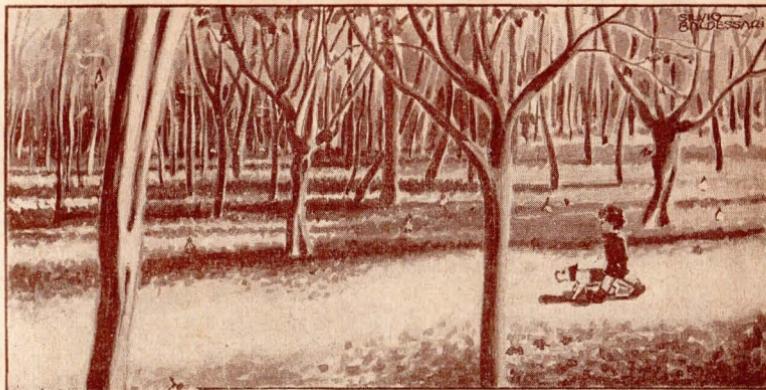
Le pasa, sencillamente, que está obligado a distribuir su oro y su simpatía por todo el mundo, aprovechando los movimientos de la tierra. Y en esa época se oculta un poco por aquí para alumbrar mejor y dar calor a otros países lejanos.

Lo cierto es que temprano nos deja a oscuras; que el frío se cuela en su ausencia y nos hace temblar algunas veces por la mañana y por las noches.

Cuando el otoño avanza, los pájaros enmudecen y las hojas se marchitan. En cuanto termine, aunque cueste

creerlo, por la mala fama que tiene el invierno, los días serán más largos, poco a poco, y el sol regresará lentamente al sitio que abandonara.

Estación de las noches largas y de los días cortos, no te queremos porque barres toda la alegría del verano y pintas cuadros tristes en el campo y la ciudad. Tu ida es un alivio, una esperanza de mejores horas.



CAEN LAS HOJAS

¡Cómo me entristece la continua lluvia de hojas que se ha iniciado! Si el viento sopla con fuerza, la lluvia es un recio aguacero que molesta y no moja; pero, cuando amaina, parece una lenta nevada verde y amarilla.

En algunos sitios esta lluvia se hace más hermosa y colorida con el desprendimiento de ciertas flores. Cuando se abanican las achiras y el jacarandá, y este último deja caer sus lágrimas lilas, la llovizna se vuelve una fiesta y se hace menos penosa la muerte de tantas vidas.

Las plazas y las calles quedan entonces como bordadas en seda, hasta que las escobas de los barrenderos se llevan el lujo de los árboles.

La caída de las hojas y flores siempre es poco agradable. Denuncia la proximidad del invierno, con sus días grises y húmedos. Es también un grito de alerta para los insectos y una ingrata orden para los pajarillos, que deben cerrar sus picos hasta la siguiente primavera.



FAENAS DE OTOÑO

Labriego:

Durante estos tres meses te espera muchísimo trabajo. En la chacra, continuarás dando vuelta los rastrojos y prepararás la tierra para el sembrado del trigo de invierno.

Si quieres tener alfalfa, cebada y avena para forraje, comienza a sembrarla al principio de la estación. En la huerta podrás sembrar cebollas, zanahorias, espinacas, lechugas, coles, perejil, remolacha y puerro.

Cosecharás los membrillos, y podrás cosechar también, con mucho cuidado, las peras y las manzanas.

Recuerda, labriego: arar temprano, es grano en mano, y quien bien ara, de la piedra y el lodo hace plata y oro. Trabaja, pues, con entusiasmo, que si alguien es siempre agradecida, sin duda es la madre tierra.



EL CABALLO

Es el más noble de los animales. Buen compañero del hombre de campo, le es utilísimo en las tareas rurales. Obedece ciegamente el mandato de quien lo monta, y basta un movimiento del cuerpo para que él comprenda la intención de su dueño.

Es discípulo obediente y aprende muchas cosas, entre ellas a saltar con elegancia y bailar siguiendo la música sin equivocarse. En los circos suele desempeñar distintos papeles, con acierto, pues tiene excelente oído y mejor memoria.

En el país existen diferentes tipos de caballos: el puro, que sirve para carreras; el mestizo y el criollo, conservado este último sin cruzas, es decir tal como lo trajeron los españoles. Hay también el percherón, buen animal de tiro, que solo o en yunta arrastra pesos enormes.

Y no falta el petizo, que es el enano de la familia, el cual tiene la preferencia de los niños.

El caballito criollo es pequeño, intrépido y gran rumbeador. Resiste mejor que ninguno la sed, la fatiga y los rigores del clima. Ni el frío ni el calor le quitan energías. Con una pareja de caballitos criollos un hombre logró cubrir la distancia entre la República Argentina y Estados Unidos de Norte América. Este tipo de equino tiene su historia, y bien brillante.

Lo utilizó el ejército patriota para cruzar los Andes y llevar consigo cargas y más cargas de lanza en Chile y Perú.

Por ello es que ha merecido poesías, y no tardará en tener también su estatua.

Y bien que se la ha ganado el caballito criollo con su resistencia, valor y fidelidad.



CABALLITO CRIOLLO

Caballito criollo del galope corto,
del aliento largo y el instinto fiel;
Caballito criollo que fué como un asta
para la bandera que anduvo sobre él.

Caballito criollo, que de puro heroico
se alejó una tarde de bajo el ombú,
y en alas de extraños afanes de gloria,
se trepó a los Andes y se fué al Perú.

Se alzará algún día, caballito criollo,
sobre una eminencia un overo en pie
y estará tallada su figura en bronce,
caballito criollo que pasó y se fué.

Belisario Roldán.



SE ABRE UN BOTÓN

¡Pimpollo!, vida que empiezas en una mañana de otoño. Eres un rezagado a quien espera la muerte.

Esta noche, cuando el reloj haya dado sus doce campanadas, el invierno entrará llevándose todo por delante. Ya sabemos que trae una helada a cuestas, la cual tostará tus pétalos apretujados.

Pareces un niño desobediente, de esos que suelen salir a la calle cuando deben estar dentro de la casa.

¡Y qué lindo eres, pimpolito de rosa!

¿Quién te aconsejó mal?

Debe haber sido el sol de junio, para que no faltara a su veranillo de San Juan el adorno de una flor.

¡Pimpollo! Eres como un chicuelo sin madre, que duerme en el umbral de la puerta.

Pero no temas, yo velaré por tu suerte y te libraré del viento frío y de la escarcha.

MADRE TIERRA



La tierra es tan buena y generosa que ha merecido el dulce y sagrado nombre de madre.

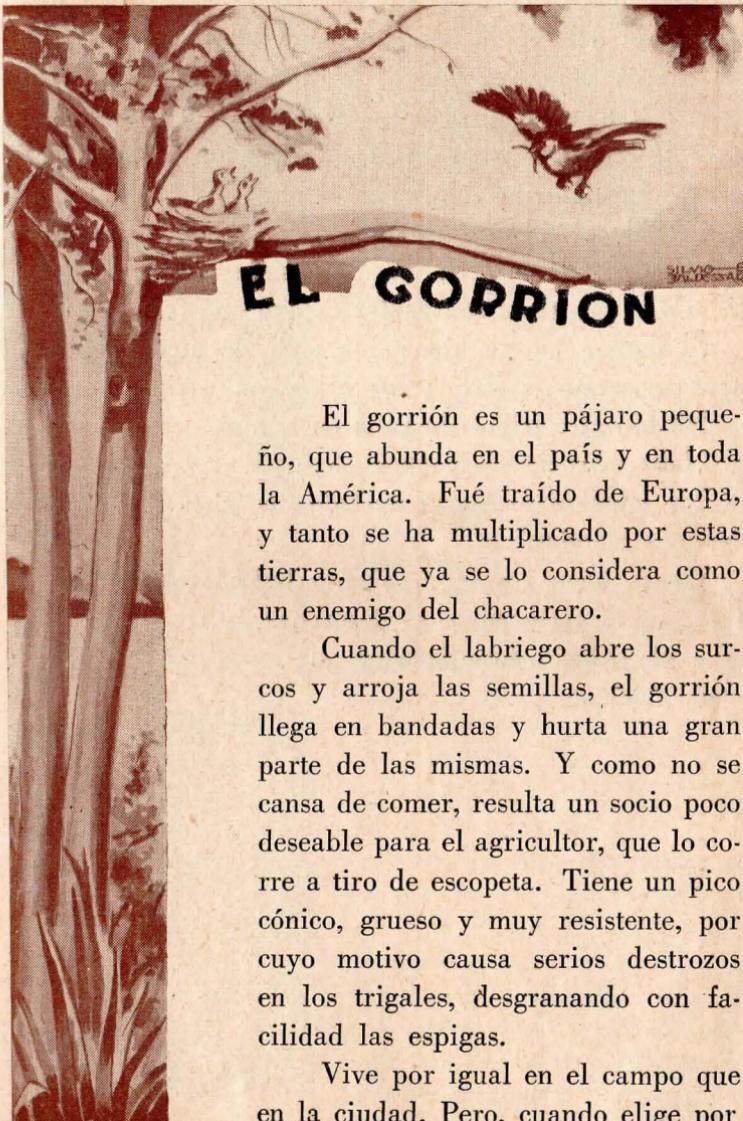
Ella nos viste, nos alimenta y señala el camino de la vida. Es pródiga y sabia a la vez. Todo lo ha calculado para que podamos vivir cómodamente. El sustento, sin el abrigo, sería un regalo a medias. Por eso lo mismo hace germinar los rubios trigales, que crecer los blancos corderitos con cuyas lanas fabricamos tejidos para cubrirnos. Hasta es una excelente directora comercial; pues, como aquí produce una cosa y allá otra, los hombres necesitan cambiar entre ellos los productos. Y ni siquiera se ha olvidado de crear bellezas naturales para recrearnos.

Se dice, que ella no es justa; que a algunos les da de todo y se olvida de otros. Nada más inexacto. Lo que ocurre, sencillamente, es que madre tierra siempre pensó que el hombre debía constituir una sola familia, sin sos-

pechar en el reparto que éste hiciera más tarde. De ahí que, a cada rato, suele gritarnos en su lengua:

—Yo no tengo la culpa si ustedes no se entienden. Si se ponen de acuerdo, a nadie le faltará nada.

La verdad es que a nosotros los argentinos jamás nos ha oído una protesta. En nuestro suelo es madre entre las madres. Mejor dicho: somos sus hijos mimados, ricos y felices como pocos.



El gorrión es un pájaro pequeño, que abunda en el país y en toda la América. Fué traído de Europa, y tanto se ha multiplicado por estas tierras, que ya se lo considera como un enemigo del chacarero.

Cuando el labriego abre los surcos y arroja las semillas, el gorrión llega en bandadas y hurta una gran parte de las mismas. Y como no se cansa de comer, resulta un socio poco deseable para el agricultor, que lo corre a tiro de escopeta. Tiene un pico cónico, grueso y muy resistente, por cuyo motivo causa serios destrozos en los trigales, desgranando con facilidad las espigas.

Vive por igual en el campo que en la ciudad. Pero, cuando elige por

residencia la copa de los árboles de la ciudad, con las primeras luces del día la bandada emprende su vuelo y se aleja campo afuera en busca de alimento. Al mediodía, ya con el buche lleno, descansa en los árboles frondosos. Recién al atardecer vuelve a su nido, cuando no le da por quedarse en alguna granja.

Despide al sol con una algazara de mil demonios, y sólo calla cuando mueren los últimos resplandores. También saluda las albas con cantos enloquecidos.

Es dañino porque tiene que vivir de algo. Pero es simpático porque quiere a sus hijos con cariño entrañable. Ningún otro pájaro le gana en ternura.

Lleva a los tiernos pequeñuelos la alegría de sus gorjeos, los sabrosos manjares hurtados al hombre y las caricias más blandas.

Tienes buen corazón, pajarito bullicioso y errante; por lo que te perdonamos el desgranar de las espigas rubias y el griterío ensordecedor que corta nuestro sueño en cada mañana.



LA PAMPA

Para dar una idea de la extensión de nuestra pampa, se dice: es un mar de tierra. Llevo ya seis horas de viaje en ferrocarril y solamente veo campo y cielo, salpicado con alguna que otra casita. Se puede observar el horizonte sin ninguna dificultad.

Ni lomas, ni cuchillas le cambian el aspecto de enorme planicie. La llanura verde es imposible de medirse con la vista: los ojos no llegan a cubrir las distancias enormes que se tienden adelante.

El tren, ligero caballo de hierro, se traga velozmente la campaña argentina. Al pasar frente a un estero, los patos silvestres, las gaviotas de campo y las garzas, se asustan del silbido de la locomotora y corren a refugiarse en los pajonales.

Tanto he andado que se me ocurre haber salido del país. Pero el ondear de una bandera azul y blanca, que juega por sobre los techos de una escuelita, me vuelve a la realidad. Y ya sin soñar, me doy cuenta que aun tengo mucha patria que recorrer.

¡Así es de grande y bella la República Argentina!

SEAMOS COMPASIVOS CON LOS ANIMALES

Casi todos los animales son auxiliares del hombre. Unos le ayudan a hacerle más liviano el trabajo; otros, destruyendo los bichos malignos que producen enfermedades; el resto, dándole su cuerpo para la alimentación. Sin ellos, es casi seguro, no podría vivir. La mayoría lo respetan; lo respetan o le temen porque lo saben superior a todos. Algunos llegan a quererlo mucho.

El perro, fiel entre los fieles, lame sus manos. El gato gusta de dormir en las camas, ronroneando junto al niño, como si fuera el guardián de su sueño. Los pájaros llegan a conocerle, y, en señal de agradecimiento por la comidita que les da, vienen a cantarle todas las mañanas.

Don Domingo Faustino Sarmiento, varón sabio y bondadoso, fundó la Sociedad Protectora de Animales, que lleva su nombre en recuerdo. Ese letrero que a menudo suele encontrarse en nuestras calles y plazas, que dice: "Seamos compasivos con los animales", es una advertencia y una exigencia. Todo niño bueno debe tratar a los animales afectuosamente.



LA TUMBA DEL SOLDADO

Terminaba la batalla iniciada hacia varios días, con el triunfo de las armas argentinas. Aprovechando las últimas horas de la tarde, el glorioso regimiento abandonó el campamento, dejándolo solito.

Un hermoso perro de terranova aúlla sin cesar, y sus quejidos, tristes y espantosos, se repiten en el valle.

La mascota del regimiento está al borde de una tumba marcada con una pobrísima cruz de leño sin pulir. Y está allí inmóvil; no ha sido posible arrastrarlo del cementerio. Sigue aún lamiendo el césped ensangrentado, aguardando el final de tan profundo sueño

Algunos meses después, el mismo regimiento volvió a pasar por el lugar; la cruz de palo ya no estaba en su sitio, y los buitres revoloteaban en el valle.

No quedaba ningún recuerdo del valeroso soldado, caído en defensa de la patria. Es decir, ninguno no. Sobre

la tumba estaban los huesos del noble can esparcidos por el pasto.

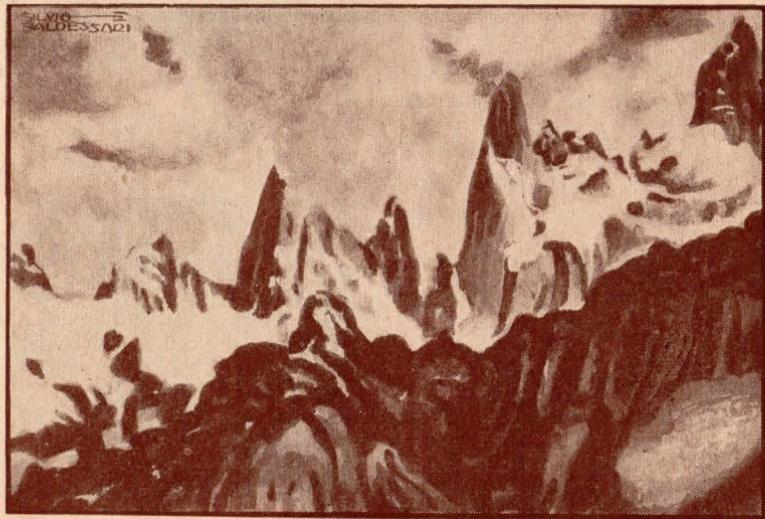
Ya no se oyen más los impresionantes aullidos. Sin embargo, los paisanos vecinos del lugar dicen que en las noches de tormenta resuena la lamentación del *terranova*, que el valle lo repite mil veces y el viento le presta sus alas para que, alcanzando todos los rincones, mantenga vivo el raro ejemplo de fidelidad.

NUESTRAS MONTAÑAS

Todo el oeste de nuestro país, desde el límite con Bolivia hasta Tierra del Fuego, está ocupado por la gran cordillera de los Andes, una de las más elevadas del mundo. De la misma parten numerosas sierras que se extienden, con distintos nombres, por Salta, Jujuy, Tucumán, Catamarca, La Rioja, Mendoza, San Juan, etc.

Nuestras montañas cambian de forma y de color, y por eso son maravillosas. Existen las blancas, eternamente blancas por la nieve; las hay verdes, por la vegetación. Otras resultan grises o rojas.

Todas ofrecen hermosos panoramas, que el viajero no puede dejar de admirar. En sus vientres enormes guardan cantidades de ricos minerales. Los indios, hace siglo y



medio, sacaban oro y plata de los filones que sobresalían de la superficie. Tales vetas se han agotado, y ahora habría que cavar muy hondo para encontrar dichos metales preciosos. Mas, se sigue extrayendo plomo, hierro y cobre. Cada montaña argentina es un tesoro escondido, acaso más fabuloso que esos de los cuentitos. Ellas lo guardan celosamente. Ya vendrá el día que se abran muchos caminos y así como hoy la Argentina es el país del trigo y del maíz, y del ganado, será entonces la nación del oro o de la plata.



EL VOLCÁN

El volcán tiene forma cónica. La boca se llama cráter y el conducto interior chimenea.

Algunos parecen estar apagados, muertos; pero no es posible fiarse mucho de estos muertos. ¿Sabéis por qué? Porque de repente pueden revivir, y ¡guay! con ellos.

Hace poco tiempo, en la cordillera de los Andes varios volcanes adormecidos entraron de pronto en actividad, arrojando al aire montones de minerales, los que, pulverizados, volaron a gran altura.

Lo bueno es que la erupción volcánica no se inicia sin aviso. Antes de la erupción, y como si quisiera

Y es que cuanto más pienso, francamente, menos lo entiendo. Si después de pasearme por el despoblado sur petro en la ciudad y limpio el cielo de nubarrones, refrescando la atmósfera y haciéndola más respirable, entonces ya no soy Huracán: soy Pampero.

Si, para variar, se me ocurre pasear por las regiones andinas con objeto de admirar sus bellos paisajes, me llama Zonda.

Y me desprecia porque llevo mis vestidos llenos de fuego, sin tener la culpa de ello.

Bueno, algo de razón tiene. A veces debo resultar muy pesado, abrasador, asfixiante...

Juro por mis antepasados que más de una vez he procurado vengarme haciendo volar los techos, o cubriendo la casita con arena, arrastrando a mi amigo Médano. Pero el muy pícaro se defiende rodeando la casa con árboles de abundante follaje.

En fin; reclamo la justicia de ser llamado Viento, mi verdadero nombre, el mismo que me puso el día del bautismo mi tata Eolo.



SI NO FUERA POR EL VIENTO

Dos semillas, una vieja y otra joven, que se hallaban entre muchas en la vidriera de un negocio del ramo, entablaron la siguiente conversación:

—¡Adónde hemos venido a parar, hermana!

—Mal que nos pese, calculo que nos secaremos aquí!

—He oído decir que el destino nuestro es terminar en el regazo húmedo y calentito de la madre tierra. Su bondad es tan grande que nos cobijará amorosamente hasta el momento de salir a respirar.

—Así sería si algún hombre nos comprara para sembrarnos!

—Te confieso que siento mucho miedo al pensar que debo quedarme aquí por más tiempo.

—¡Estoy envejeciendo de disgusto; no sería nada extraño que uno de estos días la polilla devorara nuestras entrañas!

—¡Horror! ¡Horror! — exclamaron a coro las demás semillas, a quienes se les había puesto la carne de gallina.

No habían terminado las lamentaciones, cuando una mano rústica tomó las del montón, interrumpiendo de este modo el animado diálogo. Mientras estaban en la palma de la mano, bajo el ojo del comprador, una ráfaga de viento las impulsó al espacio. Y, gracias a los pelos que tenían, la semilla de cardo y la de alcachofa pudieron convertirse en mensajeras con alas. Una semilla de cerraja se reunió con ellas, y, las tres, hartas poco después de pasear por el cielo, se dejaron caer en un campo recién arado.

En la primavera, aparecieron en el mismo lugar tres hermosas plantitas. Muy agradecidas a su protector, desde entonces, cuando el viento se acerca para despeinarlas, ellas se yerguen alegremente y no dicen ni palabra al endemoniado.



Doña Nimbo, rechoncha nube de color oscuro, hacía su paseo matinal por el cielo, cuando, distraída en la contemplación del paisaje de la Tierra, fué rozada suavemente por doña Cúmulo, que por desperezarse no pudo impedir el accidente.

—¡Tonta y mal educada! — exclamó doña Nimbo, fuera de sí.

—¿Crees, acaso, que porque eres bonita, parecida a copos de algodón, dispones a tu antojo del firmamento?

—¡Calla! — replicó doña Cúmulo. — ¡Triste nube, de las más bajas!

—¡Sí, es verdad! — repuso doña Nimbo. — Tú tienes esa ventaja sobre mí. Puedes elevarte a gran altura;

pero no infundes respeto. Los hombres de la Tierra te admiran, y te han consentido. A mí, en cambio, me tienen miedo, terror, porque puedo granizar y destruirle los sembrados...

Oyó doña Cirro la discusión y bajó desde muy alto para separar a las dos nubes que amenazaban con irse a las manos.

—¡Ea! malas compañeras. ¡A terminar he dicho! Lo impongo porque soy superior a vosotras dos.

Entretanto, el viento, con toda picardía, para darles una dura lección las arrastraba hacia una región fría. Y en un abrir y cerrar de ojos las tres nubes se convirtieron en agua y desaparecieron. Una paloma que siguió de cerca a las comadres, y que no había perdido ni una sola palabra del diálogo, sacudió sus plumas algo mojadas y dijo para sus adentros:

—¡Vaya tanta altanería, simple vapor de agua condensada suspendido en el aire; has quedado convertido en nada!

La soberbia, casi siempre, no tiene en qué fundarse.



LLUEVE EN LA SIERRA

La lluvia cae lentamente sobre el lomo gris de la sierra. Desde hace poco más de una semana no cesa la llovizna fría. Los campesinos, acostumbrados a tales temporales, se han metido en sus casitas y se distraen en diversos quehaceres.

Yo no puedo quedarme dentro del rancho. Y, sin pensarlo mucho, invito al baqueano a seguir hacia la cumbre, hasta donde llueva torrencialmente o donde no llueva.

El baqueano marcha adelante, montado en su mula; lleva otra de tiro con alimentos y abrigos, por si nos sorprende la noche a demasiada distancia del punto de partida.

Para que mi cabalgadura salve los obstáculos y no se precipite en los abismos, largo la rienda. Llevamos todo un día de admirable viaje. Hemos ascendido cerca de mil metros más. Estamos en un cerro florido y hermoso. Hago

notar al baqueano que allí no llueve, y el campesino bonachón se ríe.

—Sí y no — me dice.

—A la izquierda brilla el sol, a la derecha reina la oscuridad y cae abundante lluvia. Basta descender, avanzando un par de cuadras, para mojarse.

¿No es éste un paisaje de maravillas para ser contemplado largo rato con los ojos bien abiertos? ¡Ya lo creo que sí!



LOS MÉDANOS

CUENTO

ESTILO
CALDESSARI

Había una vez un hombre inmensamente rico, pero muy avaro. Andaba vestido con andrajos y dormía en un cuartucho inmundo, a pesar de que todos los palacios de la ciudad eran suyos. Su ambición consistía en acaparar todo el dinero de aquel país, cosa que iba logrando poco a poco.

Pero, temeroso de que alguien se apoderase de su fortuna, resolvió ocultarla en el sitio menos sospechado.

Trabajando día y noche como la hormiga, en veinte años de continuo acarreo consiguió transportar sus caudales a unos médanos próximos. Cierto día la arena comenzó a moverse y dejó en descubierto un verdadero cementerio

de vasijas y latas viejas. La noticia corrió por la población, y allá se largaron mujeres, niños y ancianos en busca de relucientes monedas. En poco tiempo limpiaron la caja del avaro, sin dejar ni huellas de lo que allí existía. Entonces, el andrajoso, trastornado por la cólera, le dió en seguir el curso de los médanos. Cambió casas por caballos, contrató peones y se fué persiguiendo las arenas móvedizas que le habían llevado su oro, según su parecer. En cada montaña se detenía ansiosamente, la hurgaba sin resultado y luego volvía a emprender la marcha.

Andando mucho tiempo se internó en una zona peligrosa. Allí los médanos eran enormes. Un día se movió una de esas moles; los peones se pusieron en salvo, pero el avaro se quedó en medio del camino.

Desde entonces nunca más se supo de él, y la ciudad vive libre del hombre egoísta y cruel.

Los médanos son como los avaros, que a nadie benefician y a todos perjudican. Por eso el viento los destruye, a veces, para probar que para nada sirven.



Oid, Mortales, el grito sagrado,
¡Libertad! ¡Libertad! ¡Libertad!
¡Oid el ruido de rotas cadenas:
Ved en trono a la noble Igualdad!

Se levanta a la faz de la tierra
Una nueva gloriosa Nación:
Coronada su sien de laureles,
Y a sus plantas rendido un León.

Vicente López y Planes.

EL AGUATERO



nuestros abuelitos y algunos de vuestros padres han de recordar a este pintoresco hombre.

El aguatero, provisto de un carro de dos ruedas, con un pipón encima, penetraba muy adentro del río y sacaba agua más o menos limpia. Hecho ésto, se dirigía a las calles de la ciudad y comenzaba a venderla, en baldes de lata.

Algunos aguateros primeramente la estacionaban en grandes tinajones de barro, forma de purificación bastante torpe. De este modo, una vez depositada la tierra que enturbiaba el agua en el fondo de la vasija, la extraía con mucho cuidado. Alguna vez, también la pasaba por un tamiz o colador de lienzo y arpillería cortados al efecto. No se podía pasar sin el señor aguatero, quien, sabiéndose indispensable, se permitía el lujo de aumentar el precio de su producto en los días de calor.

Con el avance de la civilización vinieron todas las comodidades de que disponemos hoy día.

El señor aguatero fué corrido y tuvo que refugiarse en los pueblitos insignificantes.

El agua corriente, que tanta comodidad e higiene representa, era un servicio público desconocido en otra época. En las casas donde no había aljibes, la presencia del aguatero era indispensable. Los ancianos,

EL NEGRO FAROLERO

Ya se sabe que la luz eléctrica es un invento moderno. De modo que, antiguamente, las ciudades más adelantadas se iluminaban con faroles a kerosene, que pendían de columnas o simplemente de las paredes.

Eso, naturalmente, en donde existía el servicio público del alumbrado.

En Buenos Aires, de esto hace unos ciento cincuenta años, las calles estaban de noche poco menos que en tinieblas y eran contados los que se arriesgaban a salir después de la puesta del sol. La gente adinerada se ingeniaaba para salvar esa dificultad de tránsito. Cada familia tenía su farolero particular. Un negro esclavo, provisto de un gran farol, iba delante de los señores, alumbrando el camino. En esta forma se evitaba en parte la caída en el barro, puesto que tampoco había calles pavimentadas, ni las cómodas veredas de ahora.

Con la aparición del alumbrado público, el negro farolero ya no fué necesario y desapareció también en esa noche oscura que se llamó el coloniaje.

Si queréis ver cómo eran esos pobres esclavos, id a los museos, donde se conservan aún los trajes de estos pintorescos servidores.





PATRIA

La maestra se había puesto de pie, reclamando mucho silencio. Luego dijo:

—Quiero, por boca de ustedes, saber qué es la Patria.

Y se levantó una niñita y expresó: — La Patria es el lugar donde nacemos. La nuestra, la Argentina, es muy grande y hermosa.

—Patria es también la bandera y el escudo que la representan — manifestó una segunda.

—Patria es territorio, sentimiento y veneración por nuestros héroes — explicó una tercera.

Una a una las niñas y los niños iban dando sus respuestas. Hablaron de ríos, de montañas, de ciudades, de los trigales de oro y del maizal bronceado. También surgieron los nombres de San Martín, Belgrano, Güemes y Moreno. Tuvieron recuerdos para sus fundadores y organizadores.

Patria era todo éso: colores de la enseña gloriosa, música y letra de nuestro himno, aguas plateadas y tierras

perfumadas suave y delicadamente. Ni la escuela, ni el maestro fueron olvidados en los cuadros que trazaban. Ya parecía que nadie podría decir algo nuevo. Pedazo a pedazo, la figura de la Patria se hizo casi completa. Pero faltaba hablar al último de los niños, el más chiquitín, quien ante el asombro de sus compañeros dijo:

—Patria es todo lo dicho y algo más, pero mucho más. Patria es la luz primera que vieron nuestros ojos, el primer beso de la mamita adorada. Y rica o pobre es siempre la misma, porque constituye lo principal de nuestra vida.



CINTAS CELESTES Y BLANCAS

La Plaza Mayor está colmada de gente. Patriotas y españoles conversan animadamente. Los patriotas quieren que el virrey Cisneros renuncie el cargo, y que la Junta elegida por el pueblo sea quien gobierne.

Los españoles creen que mientras haya uno solo de ellos en América, ése debe mandar a los criollos.

El Cabildo no ha resuelto todavía el pedido de los hijos del país. La tranquilidad se va perdiendo, y fuera de si el pueblo se acerca a las puertas de la Casa Capitular. Dando golpes contra ellas permanece un instante, hasta que una voz gruesa y enardecedora exclama:

—¡El pueblo quiere saber de lo que se trata!

Cada momento que pasa se hace más necesario dis-

tinguir a los contrarios. Hay que calcular las fuerzas amigas y las enemigas. Para ello es menester un distintivo.

French habla al oído de Beruti. No puede ser de otra cosa, a juzgar por sus miradas y el tono de la conversación.

De pronto, French y Beruti se separan del grupo de patriotas y penetran rápidamente en una mercería de la recova. Compran cintas celestes y blancas, y con trozos de ambas, entrelazadas, crean el distintivo patrio. En pocos minutos no queda criollo que no ostente en su pecho un hermoso moño. El moño reemplaza a la palabra.

En seguida se agotan las cintas de los comercios de la Plaza. Y allá van corriendo, corriendo, a buscarlas en los negocios más distantes.



EL 25 DE MAYO

La mañana es muy fría. El invierno ha entrado anticipadamente en la ciudad. La Plaza Mayor está envuelta en un velo de niebla. Grupos de vecinos, emponchados o con paraguas, se pasean nerviosamente.

Algunos no llevan ni lo uno ni lo otro, y se mojan por gusto o no advierten la fina llovizna.

A medida que pasa el tiempo la concurrencia es más numerosa. Son las nueve de la mañana. El reloj del Cabildo lo anuncia con campanadas lentas, muy lentas...

Parece que todo el pueblo se ha dado cita en el mismo lugar. ¿Es que algo grave va a ocurrir? No cabe duda.

Hay rostros encendidos, miradas desafiantes y actitudes resueltas. El pueblo está en la calle para reclamar la libertad. En los cuarteles los soldados quieren salir a pelear. Pero las armas no hacen falta en esta ocasión. El pueblo espera, se impacienta, ruge. Si tardan más en rendir-

P

* (se) violará la consigna y se lanzará al interior. Algo lo contiene, sin embargo. *

De pronto se advierte un raro movimiento. Un comandante se asoma a uno de los balcones. Es Rodríguez, cuya voz bien pronto resuena en el espacio para anunciar que el virrey Cisneros ha sido separado del mando.

Estallan los vivas y aplausos. La alegría desborda en todos los corazones, y hasta la niebla es luz de aquel comienzo de libertad.



UN INSTANTE DECISIVO

En la sala capitular del Cabildo de Buenos Aires se estaba deliberando sobre la medida a tomar en vista de que los patriotas amenazaban con cambiar el tranquilo desarrollo de las cosas. Con dolor acababan de recibir la renuncia de Cisneros. Costaba decidirse. Hubo un instante de silencio. Leyva, procurador general, intentó una vez más salir del mal trance.

Bien — dijo. — Veamos y oigamos a ese pueblo en cuyo nombre nos hablan. Congreguen a todo ese pueblo en la Plaza y el Cabildo saldrá a su balcón para leerles su pedido y ver si eso mismo es lo que aclama.

— ¡Ahí lo tenéis! — contestó French, dirigiéndose a los balcones.

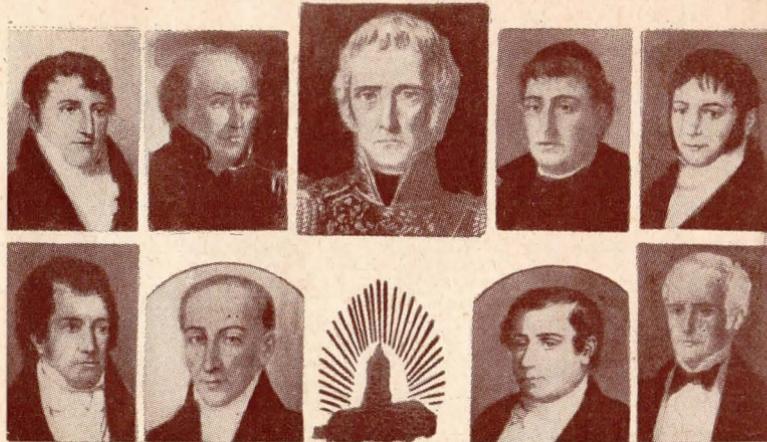
— ¿Dónde está el pueblo? — replicó Leyva. — No veo sino un número muy reducido de individuos.

A lo que Beruti, respondió:

—Señores del Cabildo: esto ya pasa de juguete; no es posible que ustedes se burlen de nosotros. El pueblo está en los cuarteles, y gran parte del vecindario espera en otra parte la voz de alarma para venir acá. ¿Quiéren verlo? Toquen la campana, y si es que no tienen badajo, nosotros tocaremos generala y verán la cara de ese pueblo cuya presencia echan de menos. ¡Sí o no! Pronto señores; decidilo ahora mismo, porque no estamos en condiciones de tolerar demoras y engaños; pero si volvemos con las armas en la mano, no responderemos de nada...!

Esta actitud enérgica de Beruti fué el último golpe al poderío español. Antes de mediodía todo había terminado.

Durante las horas de la tarde la Junta prestaba juramento y quedaba instalada.



LA PRIMERA JUNTA

En la misma tarde del día 25, la Primera Junta, elegida por el pueblo, prestó juramento.

Uno a uno prometieron portarse dignamente, para contribuir así al engrandecimiento de la nueva y ya gloriosa Nación.

La Junta de Gobierno estaba así formada:

Presidente : Cornelio Saavedra.

Vocales : Manuel Belgrano

Juan José Castelli

Miguel de Azcuénaga

Manuel Alberti

Domingo Matheu

Juan Larrea

Secretarios : Mariano Moreno

Juan José Paso

MARIANO MORENO

Entre los principales promotores de la independencia argentina merece un puesto de honor Mariano Moreno.

Desde muy joven y gracias a su inteligencia, conquistó el respeto y la consideración de sus conciudadanos.

Nombrado secretario de la Primera Junta, trabajó sin descanso para que la revolución de Mayo no se perdiera.

Tanto ardor ponía en su palabra que entusiasmaba.

Siendo necesaria la partida para el desempeño de un delicado encargo en Europa, a poco de iniciado el viaje murió en alta mar, el 4 de marzo de 1811.

Sus últimas palabras fueron estas: “Viva mi patria, aunque yo perezca”, dichas en el instante de morir.

Y la patria vivió; y la patria se transformó; y la patria progresó en gran parte por sus esfuerzos.

Recordando su fogosidad, otro argentino ilustre pudo decir con razón: “Se necesitaba tanta agua para apagar tanto fuego”.

Su nombre, que vivirá por siempre, surge cada vez que se conmemora alguna fecha gloriosa, porque se halla fuertemente enlazado en la Historia.

MANUEL BELGRANO

La figura patria de Belgrano se agranda con el correr del tiempo. A él se debe, en gran parte, la libertad de los pueblos de América.

Por su sola cuenta creó la bandera nacional. Y, desobedeciendo las órdenes de Buenos Aires, libró y ganó la batalla de Tucumán. El Directorio, conociendo las fuerzas de que disponía el general español Tristán, dispuso que se retirara. Pero ante los ruegos del pueblo tucumano, se detuvo en la mitad del camino y se cubrió de laureles.

Quería a su patria inmensamente y se interesaba por su progreso, tanto que se le puede considerar como el padre de las escuelas argentinas. En efecto, cuando el gobierno de las Provincias Unidas quiso premiar sus acciones guerreras, entregándole una fuerte suma de dinero, Belgrano la donó inmediatamente para fundar escuelas, las primeras del país.

Fué valiente, noble y desinteresado. Tenía, en fin, todas las virtudes del ciudadano, y no se le conocieron defectos. Murió pobre, como casi todos los varones ilustres de la Independencia, pero con el más grande cariño y respeto.



LA JURA DE LA BANDERA

Las baterías "Libertad" e "Independencia" están listas para ser inauguradas en las barrancas de Rosario.

Pero ¿cómo es posible enarbolar la enseña de los españoles si, precisamente, las baterías han de combatir contra ellos?

No hay tiempo que perder. Cuanto antes hay que crear la insignia patria. Los argentinos deben tener su símbolo inconfundible. La escarapela no es suficiente.

Hace falta una bandera para que ondule a los vientos en las puntas de las lanzas. Así piensa Belgrano.

De pronto ordena que se haga una bandera con los colores azul celeste y blanco, los mismos empleados en la escarapela, y la hace iar al tope en el mástil de la batería. La división forma enseguida en línea de batalla. Los corazones palpitan fuertemente,

Entonces, Belgrano levanta su espada y dice a sus valientes: ¡Soldados de la Patria! En este punto hemos tenido la gloria de vestir la escarapela nacional. Juremos vencer a nuestros enemigos interiores y exteriores y la América del Sud será el templo de la Independencia y de la Libertad. En fe de que así lo juráis, decid conmigo: ¡Viva la Patria!

Los soldados, llorando de alegría, repitieron el ¡viva! de su general.

Y, desde el memorable 27 de febrero de 1812, los argentinos marcharon con divisa propia en busca de su libertad.



RIVADAVIA

La vida y la obra de Bernardino Rivadavia constituyen un ejemplo para los argentinos.

Por sus propios méritos, llegó a ser presidente de la República. Se distinguió por su inteligencia, y sobre todo por el amor a la Nación. Todo lo que pudo ser progreso le preocupó. Las industrias, el cultivo de las tierras, la educación pública, el amparo de los huérfanos y los correos adelantaron mucho. A él se le deben las siguientes obras: La Casa de Huérfanos, la Sociedad de Beneficencia, la Universidad de Buenos Aires, la Biblioteca Pública, el aumento de las escuelas primarias, el Museo, la organización de los correos y de los mercados de abasto. Por entonces, las guerras entre los caudillos había enemistado a los propios hermanos argentinos. Rivadavia declaró olvidadas las ofensas e invitó a que todos se dieran un fuerte abrazo. Después de todo lo que se ha mencionado, se comprenderá cuanta razón se ha tenido al colocar al frente del monumento que guarda sus cenizas, en la plaza Once de Septiembre, la siguiente inscripción: "Al más grande hombre civil de la tierra de los argentinos".



UN VALIENTE GENERAL

Aquí estoy: Soy General
de un ejército valiente;
¡gran asombro de la gente,
por mi porte tan marcial!

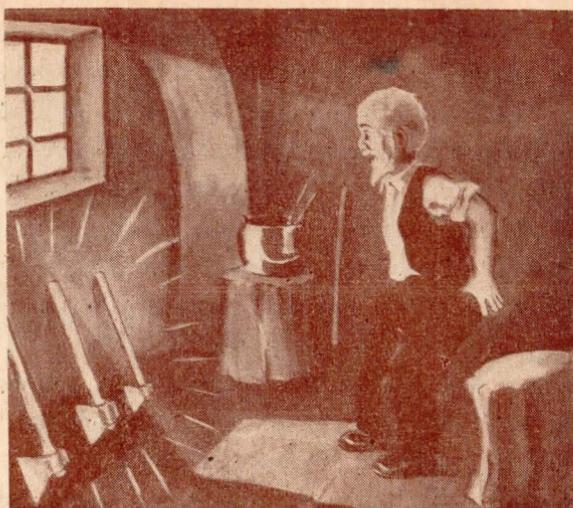
Partiré: Mi cruzada es una cita,
de gloria y de redención;
voy tras un lobo ladrón
que robó a Caperucita.

Cruzaré montañas, llanos,
¡acaso vadearé el mar!
pero al fin he de encontrar,
la cueva del muy villano.

¡Entonces, en su guarida,
lo mataré por ladrón!
Si antes no pide perdón,
a la niña tan querida.

Y cuando vuelva ¡radiante!
después de mi gran cruzada...
¡Mamita, mamita amada!
¡Un ratón aquí delante!

Julián Davis.



EL HACHA PERDIDA CUENTO

Tomás Buenasuerte era un pobre y honrado campesino.

Perdida su hacha, elemento con que se procuraba el sustento, rogó, con los brazos levantados, la devolución, o el dinero para comprar otra.

Las lamentaciones del viejo Tomás fueron escuchadas, y tres hachas: una de oro, otra de plata maciza y la suya aparecieron a sus pies. Pero, si tomaba la de él, podría aprovechar las otras dos; mas, si tomaba alguna de las otras dos, la cabeza leería cortada con la suya.

Buenasuerte levantó el hacha de oro, que era muy pesada, y exclamó:

—¡Esta no es mía; no la quiero!

Hizo lo mismo con la de plata: — ¡Ni esta tampoco! — dijo.

Por último tomó la tercera, y reconociendo la suya, dió gracias al Todopoderoso, ofreciéndole sacrificios...

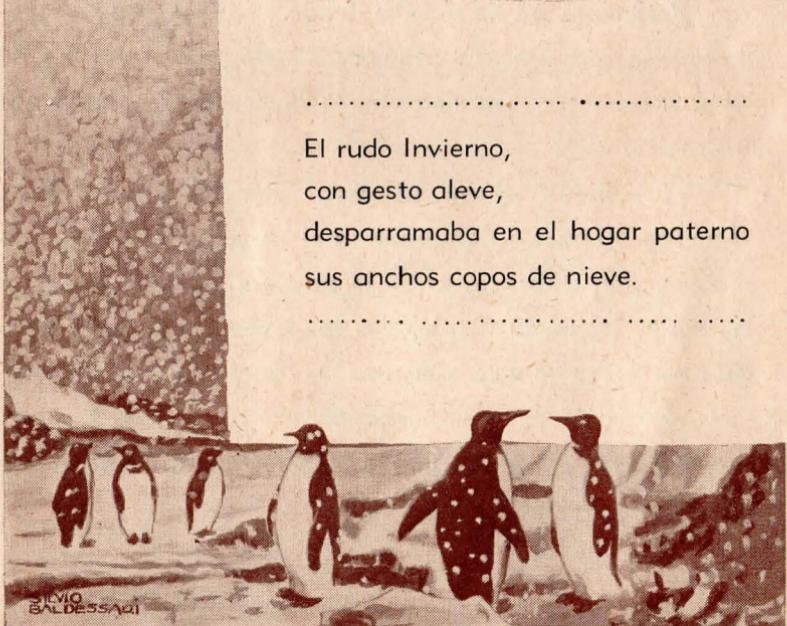
El hombre honrado se vió así, de la noche a la mañana, rico. Pronto vendió las dos hachas y con el importe pudo comprar casas, campos y cabañas. Los labradores vecinos no dejaron de asombrarse por el rápido cambio del miserable Buenasuerte. Se enteraron de la pérdida del hacha y de la recompensa. Todos perdieron en seguida sus hachas, y algunos compraron muchas para perderlas. A cada uno de los vecinos pícaros se le aparecieron las tres hachas. Pero, como presurosos tomaran las del metal precioso, sus cabezas fueron saltando una a una, por lo que al final había tantas cabezas por el suelo como hachas se intentaron perder.

Desde entonces ya nadie pierde su hacha. Conformes los labradores con lo que consiguen a fuerza de trabajo honrado, viven muy felices.

(Adaptación del cuento de Rabelais, del mismo título).



.....
El rudo Inviero,
con gesto aleve,
desparramaba en el hogar paterno
sus anchos copos de nieve.
.....



EL INVIERNO

Es una estación malquerida. Se dice que es la época del frío, de las enfermedades y de la tristeza.

La verdad es que, en ciertos climas, el señor invierno no resulta agradable. Se viene con cargamento de lluvias, de días grises y vientos huracanados.

Hace tiritar a los niños que van a la escuela y obliga a los ancianos a refugiarse junto a las estufas. La gente se resfría con frecuencia.

Retiene al sol no se sabe donde y sólo de vez es cuando lo deja asomarse. Es entonces cuando todos acuden a recibir sus caricias, permaneciendo largas horas quietitos a su frente.

El invierno es tan necesario como el verano. Mata alimañas e insectos dañinos y es el enemigo de ciertos microbios. Sin embargo, nadie lo pondrá en estas regiones. En Salta, Tucumán y Jujuy los inviernos son maravillosos. Allá no llueve en esta estación. Su frescura es recibida como una caricia de la Naturaleza.

Ya veis, entonces, que el señor invierno sabe hacerse odiar, y querer al mismo tiempo.



FAENAS INVERNALES

Agricultor:

Apresúrate a dar por terminada la siembra del trigo y de lino de invierno

Si quieres alpiste, centeno, colza, no dejes de hacer la siembra. Si notas que el trigo sembrado se va en vicio, apúrate a rodarlo.

Buen trabajo te reserva la huerta. El salsifí, el repollo, las habas, el apio para verdeo, el cardo sin espinas, el ají, el tomate, la berenjena y el melón pueden ser sembrados en almácigos. Pero ten cuidado con las heladas, muy comunes por cierto en esta época.

Colócalos bajo vidriera o repáralos en cualquier otra forma.

Si tienes montes de frutales, comenzarás a podarlos.

Puedes también iniciar los injertos.

Y recuerda, por último, que la poca actividad es la mejor manera de llegar a la ruina.



EL ASNO

He aquí el ser más tranquilo, inocente y bueno del mundo. Si le dais poca comida y de la peor clase, jamás lo toma como un desprecio. Si lo castigáis sin piedad, aguanta pacientemente, sin rebuznar siquiera.

Pero no le deis de beber agua turbia. Ni aunque lo maten introducirá el hocico en el balde. En esto es delicado. Verdad es que le tiene mucho miedo al agua y le desconfía siempre. Se dice, que le asusta la sombra que hacen sus orejas. Pero, como el asno no habla, todas esas cosas que se le atribuyen son sospechas del hombre. Lo cierto es que no le gusta el baño.

Hasta el de la lluvia le molesta y trata de refugiarse en cualquier parte cuando la tormenta se aproxima, pues sabe olfatearla. Se lo ha calificado como el más burro de todos los animales. Burro y sucio, porque su única diversión consiste en revolcarse en la tierra. ¿Será así? No

tanto, no tanto... ¿Acaso no trabaja en los circos? Allí hace miles de piruetas, toca la flauta, saluda al público y se detiene luego frente a los niños, como diciéndoles:

¿Qué dicen ustedes ahora? ¿Les parece que soy tan burro, como aseguran? ¿No saqué la cuenta que me dió el director en cartones con números?

Y se aleja, por fin, como satisfecho, llevando en el lomo al payaso enano que lo hizo artista del picadero.



LOS BOSQUES

Asombraos. Una cuarta parte de la superficie de nuestro país está ocupada por bosques. En ese mar verde los árboles se desarrollan espléndidamente.

Abundan el quebracho blanco, el quebracho colorado, el pino, el cedro y ni siquiera falta la quina.

Del quebracho colorado se saca el tanino, empleado para el curtido de los cueros. La madera del palo borracho sirve para fabricar papel. Con el cedro y el pino se construyen muebles.

Pero, ¿a qué seguir mencionando todas las aplicaciones que tienen nuestras maderas? Constituyen una riqueza que nos regaló Natura, de la cual difícil es tener una idea. Un hombre, a caballo, llevaría más de un año para recorrer la parte boscosa. Y no es exagerado lo dicho. El fe-

rrocarril de Santa Fe corre más de veinte horas entre dos filas de árboles.

En la República Argentina hay maderas para siglos y siglos. Y por siglos se podrá fabricar carbón y obtener durmientes, postes y elementos de construcción.

AL ÁRBOL



Arbol que en invierno
dormitando esperas,
las dulces caricias
de las primaveras;

Las fragancias suaves
saldrán de tus flores,
inspirando al hombre
más nobles favores.

Las aves del cielo
cantan en tus ramas,
para hacer más buenas
las almas humanas.

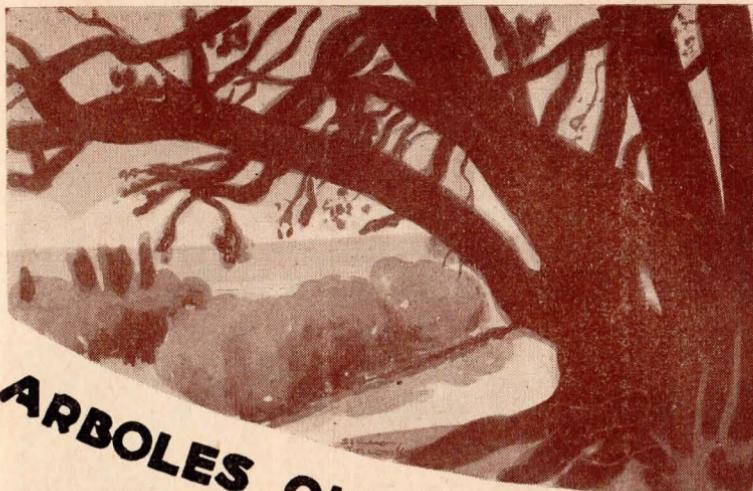
Eres, árbol santo,
abrijo en mi casa,
y también refugio
del ave que pasa.

Te mima la luna
desde el cielo azul;
fuiste dulce cuna;
serás ataúd.

Y toda la vida
me acompañarás
como sombra amiga
de ensueño y de paz.

Bartolomé Mezquida.





ARBOLES QUE HABLAN...

En la Capital Federal se pueden admirar todavía algunos árboles que parecen hablar al transeunte, recordándole sucesos históricos de que fueron testigos.

El pacará, que puede verse en el terreno baldío situado frente al Parque Chacabuco, dice:

—Bajo mi sombra el deán Saturnino Segurola vacunaba a la gente del paraje, hace cien años por lo menos.

El aromo, que se halla en la plazoleta de Palermo, frente al precioso monumento regalado por los españoles con motivo de nuestro primer centenario, parece decir:

—Sentada a mi lado, una sola mujer pudo convencer al tirano Rosas de que debía ser indulgente con la vida de sus hermanos: Manuelita, su hija. Yo escuché sus súpli-

cas, llenas de infinita bondad. Yo vi enternecer al hombre más duro de alma y perdonar a algunos de sus enemigos.

En San Isidro, un ombú, plantado hace quinientos años, murmura sin cesar:

—Aquí, Vértiz, el célebre virrey de las luminarias, en charla con sus amigos más íntimos, trazó los planes seguidos en su ejemplar gobierno.

Y el pacará de Segurola, el aroma del perdón y el ombú de San Isidro, están cumpliendo una sagrada misión: la de mantener avivada la llama del recuerdo.



EL PINO DE SAN LORENZO

El combate de San Lorenzo, efectuado en el mes de febrero del año 1813, fué el primer triunfo de San Martín, eslabón inicial de una larga cadena que le llenó de gloria.

Los realistas, que para robar ganado habían desembarcado en la costa del río Paraná, a la altura del convento de San Lorenzo, fueron sorprendidos por los granaderos y derrotados completamente.

San Martín casi pierde la vida en este combate. El sargento Juan Bautista Cabral pagó con la suya la hazaña de librar a su jefe del peso del caballo que le aprisionaba una de

sus piernas. Terminada la acción, a la sombra del pino existente en el huerto del convento, San Martín redactó el parte de la victoria.

Este hecho ha convertido al citado pino en un árbol histórico. Cercado por rejas, todavía se le puede ver, centenario ya, lleno de lozanía. Parece que supiera el incalculable valor que tiene.

Frente a él, los ojos se cierran sin querer, y por la mente pasan, como en una cinta cinematográfica, los detalles del histórico episodio.



ENTRE CERDOS

El matrimonio Cerdo, seriamente disgustado, a voz en cuello se reprochaba en la pocilga los mutuos defectos.

—¡Fábrica de grasa y de carne! — decía la hembra.

—Tienes un carácter endemoniado. Eres insopportable. Tu mal genio me ha hecho adelgazar bastante. Prefiero verte con la boca llena, de sol a sol; al menos así no me molestas con ese canturreo odioso.

—Señora mía — dijo el macho a continuación —, reconozco que mi cuerpo es desproporcionado; que mis patas son ridícularmente pequeñas, y que mi hocico no es esbelto. En una palabra: que no soy nada gentil. Y le hallo razón al acusarme de tener mal carácter. Tengo mis motivos para ello, y muy serios... Cada día que pasa siento más cerca del cuello el afilado cuchillo. ¿No ha reparado Vd. que está próximo el San Martín?

En cuanto a mis defectos, Vd. es injusta conmigo. No

creo que haya ser en el mundo que no tenga sus imperfecciones. Por lo tanto, Vd. también tiene las suyas. Mi buena crianza ha impedido que le dijera cuatro frescas, como no me faltaron ganas de decirle alguna vez.

—¡Dílas, dílas, cochino! — replicó la cerda, fuera de sí.

—Ya que Vd. lo desea, así será. Tengo que reprocharle su insaciable apetito. El le ha llevado a ser una mala madre. Todavía conservo en mis pupilas el recuerdo de ese día que, sin piedad, pisoteó a los indefensos lechoncitos, y luego se los comió.

—¡Sucio, requetesucio y grosero!, ve a revolcarte en el lodo, de donde nunca debieras salir — sólo atinó a decir la cerda.

—¡Por Jabalí, mi ilustre antepasado; si pesáramos las imperfecciones de ambos, creo, señora mía, que Vd. no saldría muy favorecida.

Y moviendo el rabito, con aire de suficiencia, dijo:

—¡Qué grande es la verdad que encierra la máxima que todos los días le oía decir a mi santa abuela: “Es más fácil ver la paja en el ojo ajeno que la viga en el propio”.



DEFENDIENDONOS DEL FRÍO

Durante el invierno suele hacer intenso frío en algunas regiones del país. En los territorios del sur y en Mendoza, por ejemplo, las nevadas se suceden muy a menudo y la temperatura se mantiene bajo cero por espacio de algunos días. Cuando esto ocurre por allá, en Buenos Aires, aunque en menor grado, la escarcha o el viento enfrián la atmósfera. Entonces la gente se defiende, como puede, de la inclemencia del tiempo.

Las personas pudientes, cuando están en sus hogares, abren la llave de la calefacción o encienden la estufa eléctrica. Si tienen que salir a la calle se arropan convenientemente y logran burlarse del huésped que llega silbando desde los Andes o la Pampa.

Pero, los pobres, lo soportan con desventaja. Tiritan de frío cuando van a su trabajo. Y, al refugiarse por las noches en sus casitas, no faltan los que se valen del brasero para procurarse calor. Más, los braseros ofrecen peligro

de muerte. ¿Qué deben hacer, pues, para defenderse del frío, aquellos que carecen de calefacción?

Alimentarse bien para que el cuerpo reciba calor, andar y abrigarse en lo posible. Cualquier cosa, en fin, menos encender los braseros, en torno de los cuales ronda la muerte.



PICOS NEVADOS

En los picos nevados más altos de la cordillera andina, un cóndor había establecido su reino.

Como no es posible que nadie llegue hasta aquí — se dijo —, en adelante podré dormir tranquilo.

Y pasaron días y más días de soledad, sin que fuera abatida su soberbia de rey de las montañas. Pero, cierta vez, el hombre quiso conocer el secreto de aquel sitio encantado y allá se fué con sus alas de acero.

Arrastrándose, arrastrándose siempre, una serpiente envidiosa salvó también la distancia con fines de intriga.

—¡Oh! rey de las cumbres. ¿No decías, acaso, que los picos nevados eran solamente tuyos?

—¡Calla, serpiente venenosa! Has esperado cien siglos para hacerme esta insidia...

—¿Insidia? Te recuerdo tu soberbia, nada más.

—Me la recuerdas porque no puedo comprender lo que ocurre, y no puedo perder tiempo para matarte...

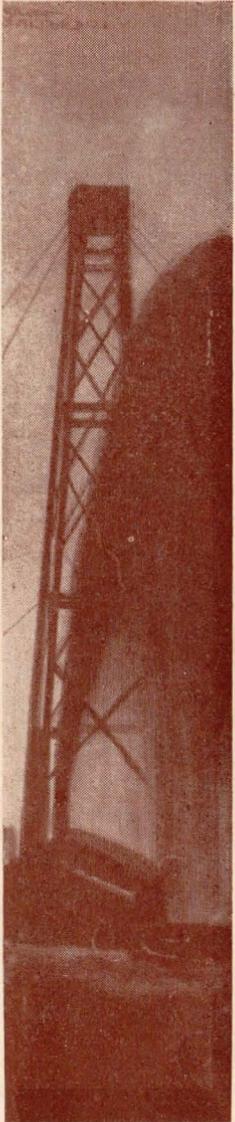
—Dí que tienes miedo, rey....

El cóndor, picado en su amor propio, batió sus enormes alas y se marchó a defender valientemente sus picos de plata. Pero, un águila blanca, que observaba a lo lejos el ardid de la serpiente, se aproximó al reptil y le dijo:

—No verás el fruto de tu obra, pues el mal nunca tuvo alas. ¿Quieres que te lleve en mis patas?

El reptil, después de vacilar, aceptó la invitación. Piloto y pasajero no tardaron en cruzarse con el rey, que regresaba derrotado. Entonces la serpiente se hinchó de alegría y comenzó a desenroscarse. Y el águila nada hizo por sujetarla.

Esa misma tarde, en los picos nevados, el cóndor se curaba sus heridas; pero la serpiente ya tenía su sepulcro en la nieve.



ORO NEGRO

El oro rubio como el sol también tiene su rival: el oro negro.

¿A quién se le llama oro negro? En un tiempo se le llamó al carbón porque se lo creía insustituible. Después, el petróleo se apoderó del nombre. Al nuevo oro se lo encuentra en la profundidad de la tierra, formando grandes lagunas. Líquido espeso, de color oscuro y de olor muy fuerte, es inflamable. Llevado a las destilerías, se le extraen: kerosene, bencina, trementina, etc. Después que se le han quitado todas las substancias nombradas, queda la nafta. Reemplaza con ventaja al carbón. Todas las máquinas, y especialmente los hornos, queman petróleo. La República Argentina tiene importantes yacimientos en Salta, Neuquén y Chubut.

El gobierno los explota por su cuenta; Yacimientos Petrolíferos Fiscales es una repartición encargada de ello.

Quiere decir, entonces, que no sólo somos ricos por nuestras tierras, sino hasta por sus entrañas.

MUÑECOS DE NIEVE CUENTO



Ese año nevaba como nunca en Mendoza. Durante horas enteras no se interrumpía la blanca y caprichosa lluvia. Las plantas, cubiertas de nieve, parecían arbolitos de navidad. Las calles, bien alfombradas, dificultaban el paso de la gente, que se detenía a observar el espectáculo. Y allá se iban los niños del barrio a construir muñecos, castillos y otros caprichos.

Naturalmente, que la tarde destruía la tarea de la mañana. Cuando el sol alumbraba con fuerza, muñecos y castillos empezaban a derretirse. Pero, la desilusión no hacía mella en el espíritu de los pequeñuelos.

Al otro día recomenzaban su labor con más ahínco e igual esperanza de lograr una obra duradera.

Uno de los chicos, el más chico e inocente de todos, era el que más se empeñaba en dar vida y alma a su muñequito.

Conmovido por tal tenacidad, un transeunte se acercó al pequeño artista y le dijo:

—¿Por qué te afanas, chicuelo, en renovar tu muñeco?

—Mi enanito blanco se quebró, señor, y quiero que vuelva — contestó el muchachito, candorosamente.

—¿Cómo era tu enano blanco? — preguntó el hombre con viva curiosidad.

—Era así, blanquito, como de nieve, pero tenía dos grandes ojos negros...

El hombre grabó en su mente la silueta del enanito, tal como el niño la describiera, y se fué a buscarlo por las tiendas.

Al otro día, cuando el obrerito de la nieve volvió a su tarea, dió un salto de alegría y exclamó: — ¡Esta vez no se ha derretido! ¡Y tiene ojos, sus grandes ojos negros!

La ilusión se había convertido en realidad.

Entre muñecos blancos, que el sol disolvía o el viento derribaba, el resistente enanito era como un milagro del esfuerzo del niño. Y es que el trabajo tiene siempre su premio, y convierte en oro todo lo que toca.



.....
América contempla en torvo duelo
la bandera de Mayo hecha jirones.
El enemigo avanza, sus legiones
cantan victoria estremeciendo el suelo.

Pero la Patria, irguiéndose entre ruinas:
¡Atrás! prorrumpé, libre se proclama,
rompe el vil yugo con potente brazo;

Y triunfantes las armas argentinas,
llevan la libertad, su honor, su fama,
desde el soberbio Plata al Chimborazo.

Carlos Guido y Spano.



TUCUMÁN

Desde tiempos lejanos a Tucumán se le llama: El Jardín de la República. Tan hermoso título se debe a sus bellezas naturales.

La histórica ciudad está como envuelta en árboles, descansando al pie de una montaña: el Aconquija, que es enorme y está cubierta de vegetación.

Muy cerca de la población, entre el mar verde de los cañaverales, se alzan las enormes chimeneas de los ingenios azucareros.

En Tucumán nació Juan Bautista Alberdi, uno de los argentinos más ilustres.

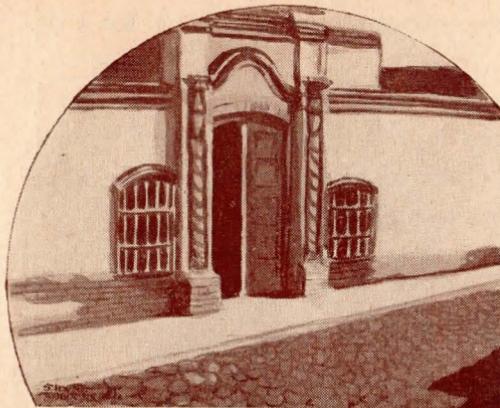
La cuna de Alberdi, ha sido también bautizada con otro nombre atrayente: Cuna de la libertad y sepulcro de los tiranos. ¿Merece verdaderamente tan importante nombre?

Nadie lo discute. Allí fué jurada la independencia argentina, y en su territorio Belgrano ganó una de sus me-

morables batallas. Tienen razón los tucumanos de enorgullecerse.

Hasta el aire allí es distinto: está siempre perfumado por los naranjales. Cuando éstos florecen, se improvisan lluvias de azahares, blancas lluvias que regalan delicados mantos de armiño.

Tucumán es el santuario de la libertad y el jardín de la República.



LA CASA HISTÓRICA

No es un palacio, ni siquiera una mansión de lujo, la casa en la cual se proclamó y juró la independencia argentina.

Es un modesto local, que se conserva intacto, protegido actualmente por un edificio superpuesto. Resulta así una joya encerrada en cómodo estuche, que sólo se ofrece a la vista de quien tiene interés en contemplarla.

Es la casa del silencio, de un silencio solemne y sagrado, hasta la que no llegan los ruidos de la ciudad.

Para descubrir el oculto y venerado recinto, hay que cruzar primero un ancho patio embaldosado, a cuyos costados se destacan los bajos relieves que recuerdan la gran asamblea. Más adelante, en los corredores, mil placas de bronce expresan la gratitud de todos los pueblos de América.

Y, por fin, el altar mayor de la Patria, casi huérfano de muebles, pero poblado de rumores. El sillón de Laprida, que ocupa el mismo sitio que ocupara durante el memoria-

ble 9 de julio de 1816, provoca numerosos recuerdos e impone respeto.

Tocándolo parece que nuestras manos se llenaran de grandeza. Y si fijáramos la vista y el pensamiento volara, nos parecería como si el congreso continuara y sus componentes se hubieran convertido en dioses.

Por lo que ella representa, la Casa Histórica de Tucumán es la más querida de todas las reliquias nacionales.



ACTITUD ENÉRGICA

Era muy grave el momento en que se reunió el Congreso de Tucumán. El ejército patriota había sufrido severas derrotas, y parecía que el grito de libertad lanzado al mundo en el glorioso Mayo corría el riesgo de ahogarse.

En la desesperación, hasta se pensó en la coronación de un nuevo rey, que podría ser un príncipe inglés o un inca traído del Perú.

Fué en esa hora de vida o muerte para la nacionalidad, que la voz clara y valiente del ilustre diputado por San Juan, fray Justo Santa María de Oro, se hizo oír como un trueno en la desorientada asamblea.

“No hemos armado una revolución contra el rey de España — dijo — para darnos enseguida otro rey, traído del Perú y proceder a declarar la forma de Gobierno, sin consultar a los pueblos antes. Declaro que en caso de procederse sin este requisito, a adoptar el sistema monárquico, a que veo inclinados los votos de los representantes, pediré

permiso para retirarme del Congreso. Jamás suscribiré, ni autorizaré con mi presencia, un acto odioso al pueblo que represento". Estas enérgicas palabras tuvieron la virtud de iluminar los cerebros de los congresistas, y la declaración de la independencia surgió entonces como de una sola boca.

El pueblo argentino debe, pues, gratitud eterna a fray Justo Santa María de Oro.



EL ESCUDO NACIONAL ARGENTINO

El escudo argentino es sencillo y grande.

De una sencillez y belleza incomparables.

Sobre los colores de la bandera, el azul celeste y el blanco, recortado en óvalo, dos manos unidas, simbolizando unión y fraternidad, mantienen erguido en una pica el gorro frigio, que significa libertad.

Una corona de laureles lo circunda: la corona del triunfo y de la gloria.

Y sobre la parte superior, el sol ilumina con sus dorados rayos a la nueva nación que se levanta a la faz de la tierra.

Unión fraternal y libertad son palabras que nuestro escudo grita al mundo entero.

Al escudo, como a la bandera, hay que contemplarlo con sentimiento de veneración. Ambos son los símbolos sagrados de la nacionalidad.



A vosotros se atreve, ¡Argentinos!
El orgullo del vil invasor:
Vuestros campos ya pisa contando
Tantas glorias hollar vencedor.
Mas los bravos que unidos juraron
Su feliz libertad sostener,
A esos tigres sedientos de sangre
Fuertes pechos sabrán oponer.

Vicente López y Planes.



LA RECONQUISTA

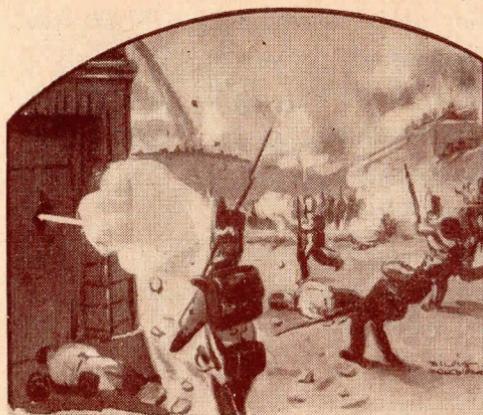
Sobre el Fuerte de Buenos Aires flameaba, desde el 27 de junio, la bandera inglesa. El general Beresford se había adueñado de él sin que se le ofreciera resistencia alguna. Liniers, a duras penas, organizaba un ejército mal armado.

La gente quería lanzarse a la lucha, pero el jefe esperaba con serenidad la hora propicia. Recién en la mañana del 12 de agosto inició el avance.

Tanto entusiasmo pusieron en el ataque, que los nuestros obligaron al ejército británico a replegarse en el Fuerte. La Catedral, la Recova y el Cabildo fueron ocupados totalmente. Poco tiempo bastó para encerrar a los invasores en un estrecho círculo de fuego. La situación se hacía cada vez más desfavorable para ellos. Sólo rindiéndose podrían salvar sus vidas. Así lo comprendió el general inglés, cuando Pueyrredón, con su caballería voluntaria,

arrasó la plaza, dispersando el célebre regimiento 71 y apoderándose de su bandera.

A mediodía, un lienzo blanco, de parlamento, anunció el deseo de rendirse de los invasores. El fuego fué interrumpido y aceptadas las condiciones impuestas por Liniers. Trofeos, estandartes, banderas y armas de toda clase fueron entregadas entre los vítores del pueblo. Generosamente, los vencedores no aceptaron la espada de Beresford.



EPISODIO

La jornada del día 12 había sido gloriosa. Todo el pueblo, especialmente el criollo, dando pruebas de valor insospechado, hizo inclinar la victoria a su favor.

La lluvia y los pantanos dificultaban el avance. Entonces muchos vecinos destruyeron parte de sus casas para llenar los grandes pozos de las calles, mientras que otros abrían caminos en sus quintas y franqueaban así el paso de los reconquistadores.

Nadie permanecía ajeno a la lucha. En las azoteas y balcones hormigueaba la gente de Buenos Aires, lista para arrojar desde allí toda clase de proyectiles. Hasta los niños, contagiados del entusiasmo de los mayores, disputaban su sitio de pelea. Y las mujeres, daban ejemplos de coraje.

Arados formaban dispuestas a jugaro
pedraza, “La Tucumana”, combatía
co los hombres. En un sangriento entre-

vero mató a un soldado inglés, apoderándose de su fusil.
Y con ello dió la nota saliente del heroísmo femenino.

Después de la rendición del Fuerte, doña Manuela se presentó ante Liniers, entregándole el arma arrebatada.

El héroe de la Reconquista premió tan brillante hazaña otorgándole el grado de alférez.

Esto basta para demostrar claramente hasta qué punto las criollas defendieron sus hogares amenazados.

LOS PATRICIOS



Después de la primera invasión, ocurrida en junio de 1806, se formaron batallones con gentes de todas las clases sociales: médicos, abogados, comerciantes, obreros, etc.

Se temía que los ingleses, a pesar de sus promesas en contrario, intentaran de nuevo la conquista de Buenos Aires, como aconteció más tarde. Y todos los habitantes comprendidos entre los diez y seis y cincuenta años, concurrieron desde entonces a efectuar ejercicios militares.

Pocos meses bastaron para preparar convenientemente a ocho mil plazas, constituidas por criollos y españoles.

Los primeros formaron cinco batallones: Arribeños, Pardos y Morenos, Cazadores Correntinos, Húsares de Pueyrredón y Legión de Patricios. Los segundos se alistarón en los cuerpos de Catalanes, Gallegos y Andaluces.

En la Legión de Patricios, que comandaba Saavedra, por voluntad de los mismos soldados, se enrolaron Belgrano, Chiclana, Viamonte, Díaz Vélez y muchos otros jóvenes que tuvieron, como éstos, una actuación brillante en las jornadas de la Independencia.

Durante la Defensa, la legión se comportó tan bizarramente que hizo exclamar a un general inglés: — ¿Qué tropa es ésa, del escudo al brazo, tan valiente y generosa?

Es por ello que la Legión de Patricios ocupa un sitio preferente en la historia argentina.



LA JURA DE LA INDEPENDENCIA

El 9 de julio de 1816, en la ciudad de San Miguel de Tucumán, el Congreso de las Provincias Unidas, reunido en magna asamblea, proclamó a la faz de la tierra la independencia de los pueblos que la formaban.

Y, con garantía de sus vidas, haberes y fama, todos los diputados presentes prometieron sostener esa voluntad.

—¿Juráis por Dios y por la Patria, bajo el seguro y garantía de nuestras armas y honor, cumplir y hacer cumplir, sostener y defender en todo tiempo la independencia de la Provincias Unidas del Río de la Plata? — dijo con toda solemnidad don Francisco Narciso Laprida.

—¡Juramos! — exclamaron los congresistas al mismo tiempo, llenos de santo ardor patriótico.

Y mientras el pueblo aplaudía y gritaba: ¡Viva el Congreso General Constituyente!, ¡Viva el ejército libertador!, ¡Vivan las Provincias Unidas!, el presidente, Laprida, cerraba este acto grandioso y memorable, con estas palabras: — ¡Si así lo hiciereis, Dios y la Patria os lo premien! ¡Y el que fuera perjurio, Dios y la Patria se lo demanden!



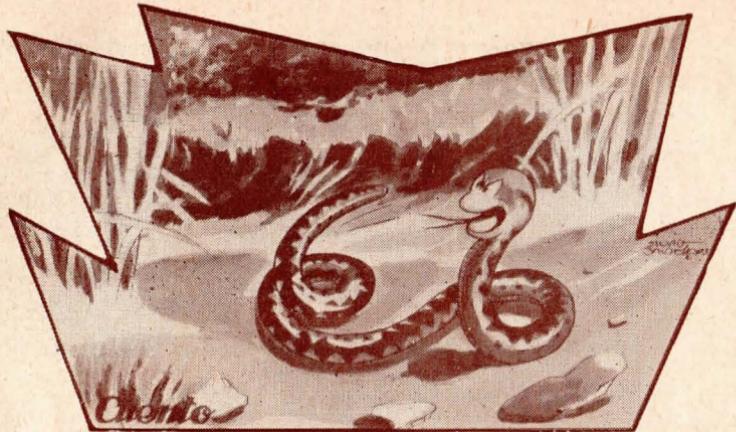
LA MUERTE DEL GRAN CAPITÁN

Después de conseguir la libertad de Chile y Perú, don José de San Martín entregó el mando al general Simón Bolívar y se retiró definitivamente de la carrera militar. Poco tiempo después se alejaba con rumbo a Francia, estableciendo su residencia en una modesta casita de Boulogne-sur-Mer, convertida hoy en museo argentino. Treinta años pasó lejos de su querida patria.

El 17 de agosto de 1850 falleció el venerable anciano que fuera Brigadier General de la República Argentina, Libertador de Chile y Protector del Perú.

—“Desearía que mi corazón fuese depositado en el Cementerio de Buenos Aires” — había dicho más de una vez.

Y los restos del hombre más glorioso de la gloriosa historia argentina, descansan actualmente en nuestra Catedral, ocupando en ella un sitio de honor. Era la tumba que cuadraba a uno de los más célebres generales del mundo y al ciudadano que, por sus bellas virtudes, es un ejemplo para la humanidad.



LA COLA DE LA SERPIENTE Y LA CABEZA

Cansada, un día, la cola, de seguir la dirección de la cabeza, le dijo:

—Hace tiempo que veo mal tu injusto proceder. Hasta ahora yo soy una triste criada, pues en todos tus viajes eres quien toma la dirección, viéndome obligada a seguirte. Además, no es justo que en todas partes donde vamos te acomodes en el sitio principal. ¿Por qué tú debes ser más que yo? ¿Acaso no somos las dos, partes de un mismo cuerpo?

—¡Necia! — exclamó la cabeza, enrojecida por la cólera.

—¡Tú quieres dirigir el cuerpo! Sin ojos para ver los peligros, ni oídos para advertirlos, ni seso para evitarlos, ¡pobre de nos! Entiende, que si yo dirijo, tú eres la principal beneficiada.

—Hablas como todos los aprovechadores... ¿Es que quieres tenerme esclava toda la vida?

—¡Bueno, bueno! desde hoy guiarás tú — dijo la cabeza.

Con la alegría que es de imaginar, la cola empezó a dirigir; pero bien pronto arrojó al cuerpo en un charco inmundo; luego en un campo lleno de plantas espinosas, y, por último, en una cueva oscura. La cabeza, en todos estos trances, le ayudó a salir del atolladero.

La cola no se daba por vencida e intentó otra experiencia; pero la desgracia quiso que el cuerpo se precipitara dentro de un horno encendido, de donde no pudo salir, pese a los esfuerzos de la cabeza.

Todo el cuerpo fué destruído. Enteradas del suceso las serpientes, jamás una cola pretendió dirigir al cuerpo; jamás volvió a discutir sobre su derecho.

Y las serpientes nunca se vieron en apuros.



.....
La Primavera
quería flores,
convirtiendo el jardín y la pradera
en dulce nido de amores.
.....



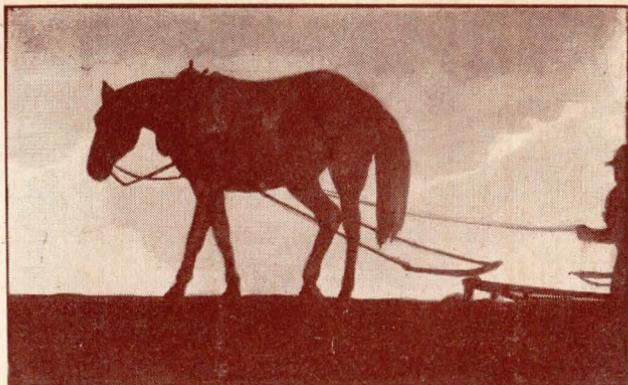
PRIMAVERA

Es la estación que no tiene enemigos. Todos somos partidarios suyos. Del invierno se dice que es lluvioso y frío; del verano que es insoportable por los calores, y del otoño que es triste y a veces desapacible. Para la primavera sobran elogios.

La verdad es que, durante su reinado, la naturaleza se transforma y revive. Se hinchan de savia las ramas, revientan pimpollos en todos los jardines y el campo se cubre con su manto verde; el aire se vuelve tibio y adquiere perfume de flores y frutas. Las mañanas suelen ser soleadas, como para recrear a los pájaros que le cantan y arrullan. Y con ser mucho lo dicho, todavía quedan más cosas a su favor. Nosotros también la sentimos. Una gran alegría invade nuestros cuerpos.

¡Primavera, dulce Primavera! Sólo tú barres, de un golpe, cuando quieres, el amargo sabor que el invierno dejó en nuestro ánimo.

Eres, nadie lo duda, la reina de las estaciones.



FAENAS PRIMAVERALES

Colono:

Tus trigales y alfalfares necesitan que les pases la rastra.

Inicia la siembra del maíz colorado y amarillo.

A mitad de la estación cápirás el maíz.

Tu huerta debe merecerte el mejor cuidado. Trasplantarás los tomates, ajíes, melones y sandías. Recién al final de la primavera podrás enramar y podar los tomates, y despuntar los pepinos y zapallos.

Si tienes vides, plantadas en almácigos, tendrás que despuntarlas y aporcarlas. Si hallas brotes dobles o que están de más, quítalos.

No olvides de limpiarles los parásitos, dándoles una buena cantidad de azufre.

Al comenzar noviembre los durazneros y ciruelos muy cargados de frutos deberán ser aclarados.

Recuerda:

El que planta buen ajo obtiene buen tallo.



LA GOLONDRINA

¿Por qué la gente quiere tanto a la golondrina?

Se le tiene mucho respeto. Ese pájaro negro azulado por encima y blanco por debajo, hace lo que le place sin ser molestado por nadie. Ni el señor cura, cuando le invade los techos de su iglesia, ordena que la corran como a la lechuza, que gusta de refugiarse en los templos.

Hay dos clases de golondrinas: la de mar, y la común, que es un ave de paso por nuestros climas. De esta última estamos precisamente hablando.

La vemos aquí desde el principio de la primavera hasta fines del verano, fecha en que emigra a los países templados. Rara vez se deja tomar por el otoño.

Tal vez sea ésto lo que la hace más simpática.

Como, con su presencia, recordamos la entrada de la primavera, ella es recibida lo mismo que una bendición del cielo.

Golondrina, bella golondrina tricolor que vas recogiendo el secreto de todas las naciones, eres una viajera infatigable a quien se le confía la hermosa misión de anunciar días gratos.

AVE DEL CIELO

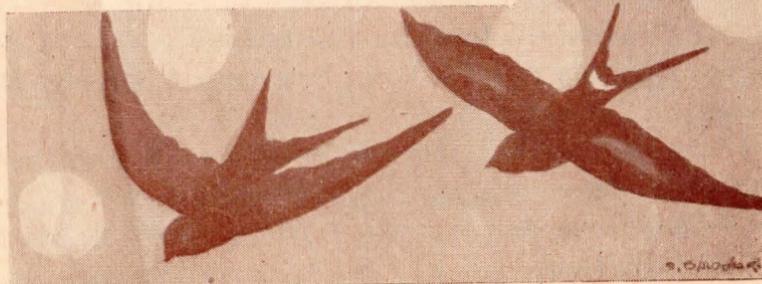
Avecilla amada
del árbol y el cielo,
vuelas como vuelan
mis vastos anhelos.

La rama es tu cuna,
la brisa te mece,
y a tu nido blando
la flor lo embellece.

Es tu hogar sencillo
en las altas ramas,
un corazoncito
que espera y que ama.

Como tu nidito
pondré el corazón
en las cumbres nobles
de un grandioso amor.

Bartolomé Mezquida.





LA VIOLETA

Es bien sabido que la mayoría de las plantas florecen durante la primavera y el verano. Al beso del sol, todas las flores asoman sus cabecitas, ostentando los más variados colores y formas.

Entre tantas, una sola, que tiene la forma de mariposa y despidе suave fragancia, parece ser la menos curiosa: la violeta.

Si queréis recogerla, tendréis que descubrirla entre un manojo de hojas.

Refiere una leyenda, que la reina de las flores, en una fiesta magnífica, distribuyó los dones de sus vasallas.

—Yo quiero representar la pasión — dijo una rosa punzó.

—Yo la opulencia del trópico — contestó la magnolia.

—Y tú, violeta, ¿qué deseas? — preguntó la reina, intrigada por el silencio de aquélla.

—¡Madre! Nada de eso. ¡Dadme un poco de hierba para esconderme!

Y desde entonces y con razón se la tiene por el símbolo de la modestia.



EL RELOJ DE FLORA

Cuéntase que una mañana de primavera, multitud de plantas acudieron ante Flora, la reina de todas las flores, a fin de pedirle permiso para abrir sus capullitos.

Las más orgullosas — que eran muchas —, reclamaron las primeras horas del día para lucir los vivos colores de sus corolas, regalo que Natura les había hecho un día de Reyes, y que hasta entonces lo mantenían escondido.

Flora dió libertad para que cada cual eligiera su hora. Imposible fué que llegaran a un acuerdo. Cansada ya de oír tanta discusión, hizo sonar sus cascabeles llamando a silencio.

—Bien — dijo. — Raro me parecía que os pusierais de acuerdo. Ninguna de vosotras está dispuesta a sacrifi-

carse para satisfacer a otra. Desde hoy, cada planta tendrá hora fija para abrir sus flores. Tú, Seto, las abrirás a las tres en punto; tú, Achicoria, a las cinco, y tú, Lechuga, a las siete. Y siguió dando horas hasta repartir las veinticuatro del día. Las revoltosas aceptaron la orden, no sin antes murmurar descontento. Las modestas se conformaron mejor. Desde entonces, la flores todas pudieron lucir sus corolas sin que hubieran ni desorden ni recelo. Gracias a esta sabia medida, el hombre tuvo un raro y bello reloj de primavera y verano, mejor que el fabricado por él; reloj que no se descompone y que no atrasa...

EL MAESTRO DEL PUEBLO ARGENTINO

Sarmiento fué uno de los argentinos más ilustrados de su tiempo. Sirvió al país como senador, ministro de gobierno, gobernador y presidente de la República.

Durante su presidencia la Nación progresó mucho.

Combatíó contra un enemigo poderoso: la ignorancia.

Por medio de la pluma, que vale más que la espada, contribuyó a derrocar al tirano Rosas. Desde el gobierno se dedicó, con preferencia, a la tarea de fundar escuelas y bibliotecas. Fué entonces que la instrucción pública mejoró notablemente.

Y para conseguirlo fundó diez colegios nacionales, varias bibliotecas y la escuela para preparar a los que debían enseñar: los maestros. Por ello se le considera como el padre de las escuelas argentinas.

Como un gran honor, Sarmiento se llamaba a sí mismo “el presidente maestro de escuela”, pero, para más honra aun, se le llamó “el maestro de escuela del pueblo argentino”.

Se ha dicho que Sarmiento es grande entre los grandes; por lo que su estatua no debe ser tallada en bronce, sino en granito.





LA ESCUELA DE LAS FLORES

Madre, ¿las flores van a la escuela que hay debajo de la tierra, no? Y cerrada la puerta, estudiarán lecciones; y si quieren salir a jugar antes de la hora, su maestro las pondrá de rodillas en un rincón.

Pero cuando llueve ¡qué alegría para ellas!

Las ramas se golpean ruidosamente en la arboleda, suspiran las hojas en el loco viento; las nubes de tormenta palmotean con sus gigantes... y las flores niñas salen corriendo, vestidas de rosa, de amarillo, de blanco...

Madre, oye; las flores tienen su casa en el cielo, entre las estrellas ¿sabes? ¡Mira tú, si no cómo quieren subir! ¿A que no sabes tú, por qué corren tanto? ¡Yo sí lo sé!, y sé a quién tienden sus brazos.

Las flores tienen una madre: como yo tengo a ti, madre mía.

RABINDRANATH TAGORE.

JUSTICIA

CUENTO



La reina de las hormigas, que no abandona su oculto palacio y tiene a su cargo el recuento de la provisión que le traen sus gobernadas, había dicho esa tarde: — adivino un largo temporal y es necesario triplicar el trabajo, pues de lo contrario podríamos morirnos de hambre.

— Ya no hay ni hojas ni flores cerca de aquí — contestó una obrerita rubia, la más laboriosa y atrevida de todas. Las otras callaron.

— No las habrá junto al suelo, pero sí en las copas de las plantas — replicó la Reina muy enojada. — Lo sé por las exploradoras.

— Es cierto Reina, pero el jardín está lleno de arañas y no nos dejan andar tranquilas...

— ¡Cobarde! Las arañas no se meten con nosotras. Ni se sabe de qué viven esas pobres diablas. Se lo pasan tejiendo y tejiendo todo el día, como si las alimentara el aire.

— Está en un error, Majestad. Yo las he visto cazar moscas y también hormigas. Y lo hacen sin exponer el pellejo. Son inteligentes como el hombre...

—No veo cómo pueden atraparnos.

—Muy sencillamente. Tienden su red de rama a rama y se colocan en un extremo, con el teléfono en la mano.

—¿Con el teléfono?

—Sí, Reina. El menor ruido que se haga en la red, lo oyen por la vibración del hilo que retienen en su poder. Y entonces se lanzan contra el prisionero.

—Sea como fuere, debemos vencer todo obstáculo, porque la lluvia se aproxima y escasean los comestibles . . .

Silenciosamente, sin discutir la orden superior, la hormiguita rubia emprendió su largo y temible viaje.

La siguió una interminable caravana de guerreras, policías y exploradoras.

Andando y andando por las ramas secas llegó, por fin, al primer alambrado gris de las arañas. El ejército invasor se arremolinó de miedo y curiosidad. Algunas aconsejaron dar media vuelta, pero la hormiguita rubia continuó avanzando, resuelta a morir, si era preciso.

En un momento de suerte ganó más de un metro de distancia, salvando el peligro, pero en una curva del camino se resbaló y cayó en la maraña enemiga. Quiso retroceder y no pudo. Ya era tarde. Había caído en la trampa. Una enorme araña descendió rápidamente por su escala de seda y la enredó hasta asfixiarla. El ejército rompió el cerco y libertó a duras penas a su compañera. Moribunda, con una patita de menos, la llevaron al palacio de la Reina. Esta, conmovida y llorosa, abandonó entonces su sitio y la colocó en su lugar. Y ante el asombro de todos, dijo: —Aquí gobierna quien más méritos tiene.

Como aquello era un acto de justicia, nadie discutió el cambio y todas las hormigas siguieron trabajando por la grandeza del reino.



DON BICHO DE CESTO

Este caballero que vive en los árboles y se nutre de sus hojas es el inventor del disfraz.

Finge durante toda su vida. Para librarse de la muerte, procura de que el hombre no advierta su presencia. Construye su casa con palitos y hojas del árbol que ha elegido para devorarlo, se aferra a las ramas y pretende que lo tomen por un pedazo de éstas.

Como es un buen arquitecto, en la construcción de su ranchito animado todo está previsto.

Y, como también es pintor, y de los buenos, le da un tono parecido al que le rodea.

Su previsión va más lejos todavía: la vivienda, a prueba de pisotones, no tiene más que una puerta, por la cual él saca su largo pescuezo. Su plan, para no ser advertido, es perfecto. Con las medidas que toma, ni se le ve casi entre el follaje. Pero, como el reinado de la mentira, tarde o tem-

prano se destruye, un día el árbol pierde sus hojas y el bicho cae del nido.

Y es entonces cuando se arrastra por el suelo con la ilusión de seguir engañando.

Pero ya no puede engañar a nadie.

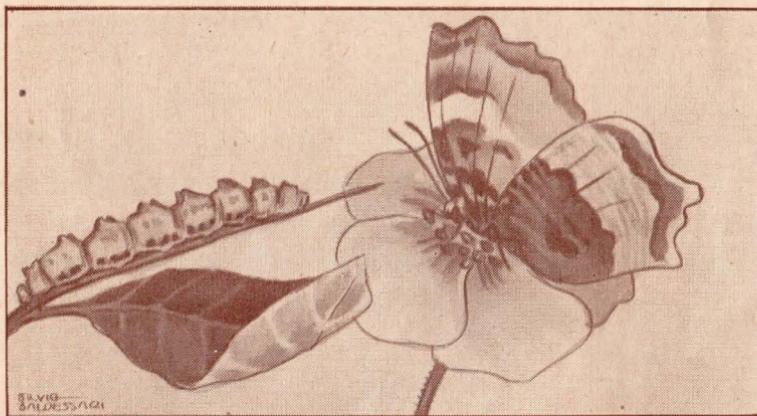
DE GUSANO A MARIPOSA

Con la entrada de la primavera, los jardines y los campos se ven invadidos por multitud de maripositas de los más variados colores. Estos insectos tan hermosos han sido primeramente gusanos despreciables.

Dirán, que no puede ser que de un gusano repugnante salga una encantadora mariposa.

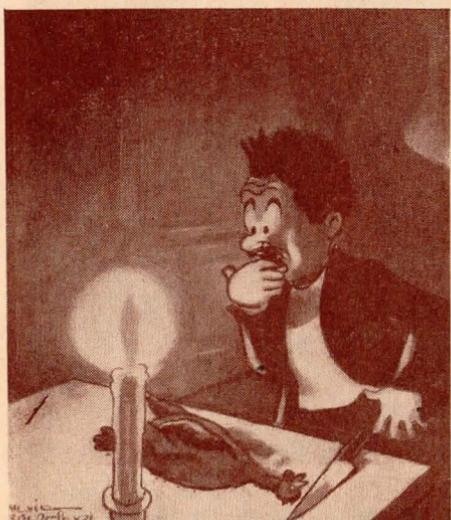
Sin embargo, es así. Cada mariposa fué primero una oruga, salida del huevo puesto por otra mariposa, antes de morir en el transcurso del verano anterior.

Pegada a una hoja, se alimentó abundantemente con ella, porque es uno de los bichos que más apetito tienen. Los estragos que hacen las orugas son bien conocidos por todos. Con la llegada del invierno, tan poco propicio para la vida de estos seres, la oruga dejó de comer, desaparecieron sus movimientos y hasta mudó de color. Bien pronto perdió la piel, y al tiempo cambió de forma su cuerpo, recubrién-



dose de una substancia protectora que formó el capullo. En este estado, de crisálida, permaneció cierto tiempo, completando luego su desarrollo, el que duró más o menos un mes.

Y en una luminosa mañana, tibia y llena de sol, la bol-sita se abrió y asomó al mundo una mariposa bellísima. Como las hadas de los cuentos, pero sin varita mágica, Natura convierte a un ser vil en otro encantador.



LA GALLINA DE LOS HUEVOS DE ORO

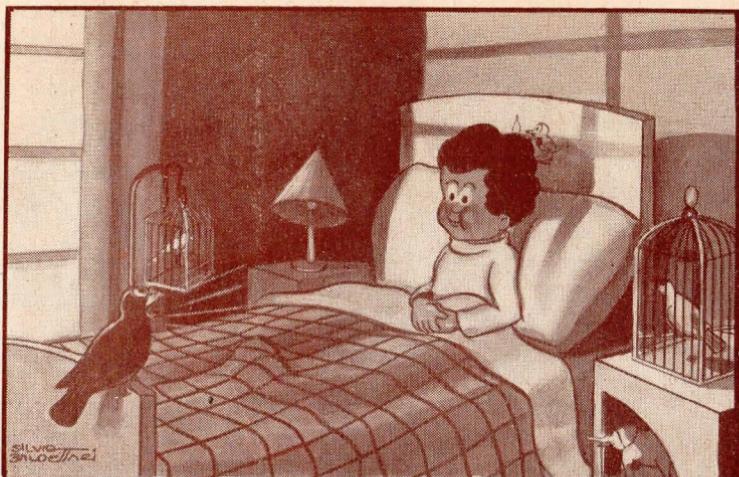
Por más que parezca raro, había en un corral cierta gallina que ponía los huevos de oro.

El dueño de ella, que todas las mañanas tomaba una buena suma en casa de un platero, se hizo el siguiente raciocinio:

—Si los huevos de la gallina son de oro, la overa en donde se crían será un filón capaz de enriquecerme.

Matóla, pues, con la codicia de hacerse rico en un momento, y al ver que la gallina era por dentro como las otras, echó de menos el huevo diario con que lenta, pero verdaderamente, se enriquecía.

ESOPO.



CARIÑO A LOS PÁJAROS

Pirucho era un niño afortunado, que tenía muchos juguetes: elefantes ventrudos, jirafas de siete pisos, osos de color café, caballitos de madera, trenes, automóviles y mil otros objetos. Poseía una sala repleta de entretenimientos, pero se entusiasmaba, sobre todo, con los pájaros.

Pasaba horas enteras viéndolos saltar en las jaulas, esperando que le cantaran, pues creía, a pie juntillas, que todos los seres alados habían nacido para él.

Por las mañanas, en cuanto largábase de la camita, visitaba a sus amiguitos prisioneros para distribuirles migas de pan, alpiste, lechuga y plantilla, según la preferencia de cada cual. Los pájaros, naturalmente, esperaban ansiosos la visita del pequeñuelo, negándose a cantar mientras no veían a su protector.

Si el niño tardaba en levantarse, un lorito verde, patizambo, se corría hacia la camita de aquél, aleteaba con todas sus fuerzas y decía en alta voz: ¡Nene! ¡Nene! ¡Arriba!

Y así pasaron los días, meses y años, durante los cuales no faltaron algunas muertes en las jaulas, que Pirucho lloró desconsoladamente. Una vez, a su tiempo, el niño fué internado en un colegio. Se hizo querer y mimar desde el primer momento y disponía de todo cuanto es necesario para ser feliz. No obstante, comenzó a enflaquecer y entristecerse. Cierta noche tuvo fiebre, mucha fiebre. Pirucho hablaba solo, con Pedro, con su Pedro y los compañeros de éste. Alarmado el director del colegio, escribió a los padres del niño.

Mientras tanto los pájaros se morían de pena; no cantaban ni tomaban alimentos. Pedro, que así se llamaba el lorito patizambo, se irritaba continuamente y decía palabras feas.

Una mañana, el padre de Pirucho, dijo a su señora:

—No puede vivir sin sus pájaros. Estos han sido sus hermanitos, sus mejores juguetes. Hay que mandarlos todos.

Pedro, que había escuchado atentamente, pareció comprender, porque dió cien saltos de alegría y habló como lo hacía antes: — ¡Nene! ¡Nene! ¡Arriba!

Y estas palabras fueron como una señal convenida. Ese día los pájaros cantaron y comieron por todos los de silencio y ayuno...



EL ENCANTO DE UN NIDO

Un día, el Creador reunió a todos los pájaros y les dijo muy seriamente: — Quiero que cada uno de vosotros tenga su nido y que nadie ande viviendo de prestado.

Todos obedecieron la orden y se marcharon en silencio a perfeccionar sus casitas primitivas. Todos menos la paloma mensajera y el tordo, aquélla por vanidad, éste porque es un haragán.

Cumplido el plazo acordado, la paloma se presentó al Creador a explicar su conducta. La respuesta fué la siguiente: — Voy a castigar tu vanidad. Vete a pedir protección al hombre. Tendrás un lindo palacio de madera, pero te niego el uso del canto por haberme desobedecido.

El tordo, de puro haragán, ni siquiera dió explicaciones.

Y se quedó sin nido y sin canto.

Cuando se le echa en cara, contesta siempre: — No quiero ataduras. Mi libertad vale mucho más que todos vuestros hogares.

Y finge despreciar a sus hermanos, especialmente a la lechuza, que habita en una cueva oscura y se alimenta de insectos repugnantes. Sin embargo, una noche fría y de lluvia torrencial, el haragán recorrió mil sitios gritando: — Me muero, me muero. Tengo frío, ya no puedo más.

Gritando, gritando, llegó hasta la cueva de la lechuza e imploró tiernamente: — ¡Hermana! ¡Déjame entrar! Ahora comprendo lo que es el encanto de un nido y hasta el de una cueva como la tuya...

—Bueno, entra. Pero, mañana, junto con el alba, te vas de aquí.

—De acuerdo. Mañana mismo empezaré mi casita. No puedo vivir a salto de mata.

Con el alba, como lo había prometido, el tordo levantó el vuelo, pero estaba tan lindo el día que se olvidó de la promesa.

El tordo se parece a un niño desaplicado. Por no haber aprendido a tiempo la lección, nadie le ama ni le admira.

BAJA DEL NIDO



Al ver un pichón muy alto
en su nido, cierto día
le ofrecí mi compañía
hablándole de este modo:

Baja del nido pichón,
aquí te esperan mis brazos;
hay calor en mi regazo
y un nido en mi corazón.

Ven, yo pondré en tu piquito,
hermosos granos de trigo;
¡seré tu mejor amigo,
si bajas de tu nidito!

El plumaje de mi alma,
sabrá darte su calor;
mi corazón, el amor,
para que vivas en calma.

En esas noches de frío,
no sentirás sus rigores;
el placer de mis amores,
será frescor en estío.

Atento escuchó el pichón,
de mis labios el llamado;
luego que hube terminado,
me dió esta contestación:

Por más que tenga tu almita,
mejor calor que mi nido,
tú no me darás, querido,
lo que da mi madrecita.

El mejor trigo le entrega,
grano para mi sustento;
aunque sólo me contento
al ver que mi madre llega.

Seré tu mejor amigo,
mas, me quedo en mi nidito;
¡si es un palacio chiquito,
está mi madre conmigo!

Julián Davis.

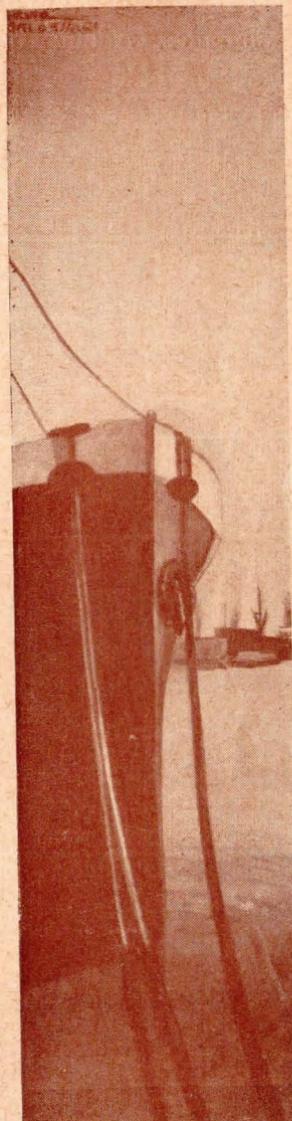
LOS RÍOS

La República Argentina tiene numerosos ríos. Casi todos ellos bajan de la cordillera de los Andes y se vuelcan en el Paraná y en el océano Atlántico.

Llevan agua dulce, producida por las lluvias o el derretimiento de la nieve.

Los ríos pequeños llevan escasa cantidad de agua durante el invierno. Con la llegada de la primavera rehacen su caudal. Y es entonces cuando rugen y se vuelven temibles sus correntadas.

Muchos de nuestros ríos no son navegables por grandes embarcaciones, pues son poco profundos. El Paraná y el Uruguay, permiten el paso de buques mayores, aunque no en toda la extensión. En cambio, el Plata, es un mar dulce frecuentado por todas las naves del mundo.



A orillas de los ríos argentinos florecen hermosas ciudades. Además de facilitar las comunicaciones, los ríos prestan la fuerza de sus caídas para mover las máquinas de las usinas de electricidad. Algunos llevan aguas medicinales. Las termas del río Hondo, de Santiago del Estero, y las de Cacheuta, de Mendoza, poseen propiedades curativas maravillosas.



EL CANTO DEL ARROYUELO

Arroyuelo ¿por qué murmuras?

—Murmuro porque soy completamente feliz. Vivo libre, oye bien, completamente libre... Murmuro porque tengo fuerza para vencer todos los obstáculos. Fuerza y constancia. Porque barro a mi antojo con lo que se opone a mi avance. Podrá ser lo grande que se quiera una piedra, y lo dura también, pero termino por gastarla, porque mi paciencia no tiene límite, abriéndome paso en su entraña.

Arroyuelo ¿por qué cantas?

—Canto porque estoy contento de haber nacido en cuna de reyes. ¿Ignoráis, acaso, que en el seno de la montaña tengo una cama de oro? Canto, además, porque vengo de allá en donde los montes besan a las nubes; en donde el sol ciega con sus resplandores y es más celeste y puro el cielo.

Arroyuelo ¿por qué apresuras tu marcha?

—Me apresuro porque tengo ansias de tenderme en

los brazos de mi hermano mayor, el río, que me llama cariñosamente.

¡Arroyuelo! Tienes razón de murmurar, cantar y apresurar la marcha. Difícil es ser libre, inmensamente libre, como tú.



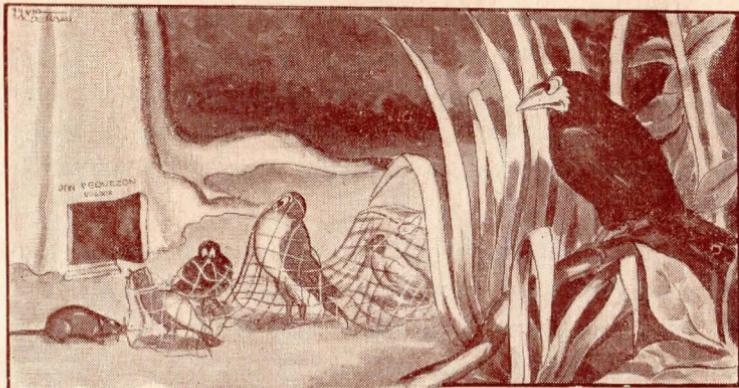
LAS CATARATAS DEL IGUAZÚ

Prologo
El río Iguazú, afluente del Paraná, presenta muchos desniveles en su lecho. Las aguas muerden día y noche el terreno con gran fuerza. Ese trabajo continuo de la corriente ahonda el cauce en determinados trechos y el caudal de agua se precipita a torrentes.

Tales torrentes, al encontrar un obstáculo, forman los llamados saltos, constituyendo las cataratas.

En uno de los saltos del Iguazú, el agua cae verticalmente desde unos sesenta metros, produciendo un espec-

táculo maravilloso. En efecto, al chocar el líquido contra las barrancas, vuela al espacio pulverizado. Con la salida del sol, esas minúsculas partículas de agua suspendidas en el espacio descomponen la luz e improvisan arco iris magníficos. Este regalo que la Naturaleza ha hecho a Misiones, por ahora sólo sirve para recreo de la vista. Pero no tardará mucho tiempo sin que esa enorme fuerza sea aprovechada para producir energía eléctrica. Con los años, Buenos Aires será iluminada desde Misiones, sin dificultad. Entonces los trenes ya no tendrán que cargar leña o carbón para sus locomotoras, pues la corriente eléctrica será muy barata; florecerán las industrias actuales, aparecerán otras nuevas y el país se enriquecerá.



EL CUERVO LA RATA Y LOS PALOMOS

CUENTO

En un sitio lleno de aves silvestres, muy concurrido por los pajareros, un cuervo vió cierto día a uno de éstos con una red en la mano. Pensó, al principio, que le buscaba a él; pero bien pronto se dió cuenta, por los granos que arrojó, que deseaba atraer a los pájaros.

Una bandada de palomos que acertó a pasar, desobedeciendo las órdenes de su jefe, don Buchón, se dejó caer en el suelo. Este, por no separarse de sus compañeros, también descendió. Por imprudentes, bien pronto cayeron todos en la red.

—Bien — les dijo don Buchón, algo apesadumbrado — ¿qué pensáis hacer? Y como viera que cada uno intentara desenredarse, les reprochó: — Sois torpes. Debemos ayudarnos los unos a los otros. Tratemos todos a un tiempo de romper la red.

Obedeciendo, todos echaron a volar, arrastrando la red por los aires.

Don Cuervo, deseoso de ver en qué paraba la aventura, resolvió seguirlos. El pajarero pensó que el peso de la red terminaría por cansar a las aves, y las siguió también.

Por indicación del jefe, los palomos dirigieron el vuelo hacia un espeso bosque, y se libraron definitivamente del verdugo. La malla les molestaba tanto que se apresuraron a dirigirse a la madriguera de don Requezón, un ratón gris, excelente camarada.

—¡Oh! queridos — les dijo al verles. — ¿Cómo han llegado a este estado?

—Deseo, mi fiel amigo — dijo el jefe —, que ante todo desenredes a mis compañeros; luego a mí.

Uno a uno desató el roedor a los palomos. Despues de recibir las gracias, don Requezón volvió a su cuevita, y las aves emprendieron el regreso a sus respectivos palomares.

Don Cuervo, testigo de todo lo ocurrido, bajó, picado por la curiosidad, y llamó por su nombre al ratón.

Este, al no reconocer la voz, preguntó:

—¿Quién sois? — sin asomar ni siquiera la nariz.

—Soy don Cuervo, estimado Requezoncito. Sal que tengo un importante asunto que discutir.

—¿Qué asunto puede haber entre enemigos? — respondió malhumorado.

—Tú eres muy leal; quiero que seas mi amigo — dijo el cuervo.

—Si quieres reconciliarte pierdes el tiempo — contestó el ratón.

—Sé generoso; en tus manos está dar a un inocente la amistad — prosiguió el cuervo en su afán de convencerlo.

—Conozco tus tretas. Tú y yo no podemos ser nunca amigos, ni siquiera conocidos.

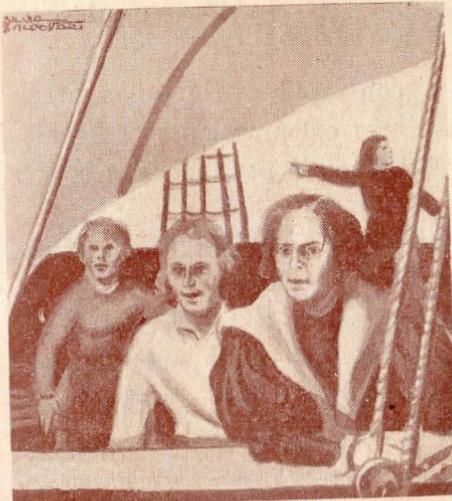
Dicho ésto, don Requezón se internó en la oscura madriguera.

(*Adaptación de la fábula de Pilpay*)



.....
Por él a la vida nueva nacieron aquel día
cien pueblos cuyas almas la niebla oscurecía;
Colón alzó en los aires un lienzo y una cruz;
volvióse hacia la altura gozosa su mirada,
besó la blanca arena, la tierra inmaculada . . .
y abrieron esos pueblos los ojos a la luz.
.....

Juan Antonio Cavestany.



¡TIERRA! ¡TIERRA!

Es el 11 de octubre de 1492. Hace más de cinco semanas que tres carabelas, la Santa María, La Pinta y La Niña, navegan buscando la nueva ruta de occidente sin ver otra cosa que agua y cielo.

La tripulación ya empieza a inquietarse. Está cansada del largo y penoso viaje. Cristóbal Colón, su almirante, le había jurado que encontraría tierra antes de esa fecha.

Según el célebre marino, entre el 8 y 9 de octubre debían tener a la vista alguna costa. Pero el cálculo falló. El vigía de La Pinta, siguiendo las instrucciones recibidas, no quita la mirada del punto donde se perdió el sol. La noche cubre de sombras el mar, mas las carabelas avanzan siempre, lentamente, buscando el paso de las Indias.

Clavado en su puesto, el vigía es sorprendido por las primeras luces de la mañana. De pronto, acaso sin espe-

rarlo en ese instante, sus ojos fatigados descubren la costa prometida.

La noticia se difunde con rapidez. Un cañonazo la confirma y trasmite a las otras embarcaciones. Y la alegría estalla en un solo grito repetido por todas las bocas: ¡Tierra! ¡Tierra!

Frente a los ojos asombrados aparece una isla: Guanahani.

El insigne marino genovés acaba de descubrir el continente americano. En nombre de los reyes de España toma posesión de dichas tierras. A partir de esa hora el mundo se agranda, bajar la línea poco importa a la humanidad lo que busca Colón. Lo interesante, lo que sostiene su fama inmortal, es aquello que encontró por casualidad: ¡América!

DIA DE LA RAZA

Hasta hace pocos años el hecho histórico más importante de América no era recordado oficialmente. El descubrimiento del nuevo mundo, la causa misma de nuestra existencia, pasaba casi inadvertido.

A lo sumo, el 12 de octubre, ocupaba la atención de diarios y revistas, como para que no se olvidara tan grande acontecimiento. A ninguna nación se le había ocurrido designar un día para conmemorar dignamente el aniversario de lo que cambió los mapas geográficos y rendir homenaje a la emprendedora raza latina, glorificando la memoria de Cristóbal Colón.

A nuestro país le correspondió el honor de salvar ese olvido. El gobierno argentino declaró feriado el 12 de octubre, fecha que coincidía con la transmisión del mando presidencial.

El día de la raza reúne, pues, varios motivos, pero significa especialmente nuestra admiración por la madre patria, esa noble aventurera de los mares que alistó sus naves y supo encontrar estas tierras de América.

El día de la raza es una fecha magna que debe ser implantada en todas las naciones americanas.





Cuando el Verano
entraba luego,
pronto encendía con violenta mano
magnífico sol de fuego.

EL VERANO

El verano es una estación alegre, pero a veces molesta. Cuando la temperatura sube demasiado, lo que ocurre con frecuencia, la gente anda lentamente. En las ciudades se sufre más el calor, por cuyo motivo sus habitantes se van al campo o a los balnearios. Felizmente, los de Buenos Aires tienen a mano el remedio. La mayoría se refugia en la Avenida Costanera, en busca de la fresca brisa del Plata, otros se dirigen a Palermo y también a los pueblos situados en la costa del gran río nombrado.

Asimismo, salen trenes y más trenes para las pintorescas sierras de Córdoba, que son centros de veraneo. Mar del Plata, que es uno de los balnearios más lujosos del mundo, cuenta con la preferencia de los porteños. Ricos y pobres, en grandes caravanas, acuden allí en procura del aire marino y del agua salada del Atlántico, que al mismo tiempo que les pone a cubierto del rigor de la canícula, les beneficia la salud. De modo que el verano, que para unos significa una tortura, para otros resulta la estación deseada.

Estación de las vacaciones, tú devuelves a la escuelita los niños tostados por el sol, con los pulmones fuertes y con muchas ganas de trabajar.

Te saludamos con viva simpatía.



FAENAS ESTIVALES

Labrador:

Ha llegado el momento de recoger los frutos de tu trabajo. Puedes, con tranquilidad, iniciar el corte del trigo y de la alfalfa. A la terminación de éste, empezarás el del lino. La avena, la cebada, el trigo y el lino han de ser trillados antes de la entrada del otoño.

También la huerta te dará recompensas: arvejas, cebollas, habas, ajíes.

Y en cuanto a los forestales y frutales, tendrás que despuntar las copas y sacar los gajos y ramas del interior de las mismas.

Cuídate de dos enemigos: la hormiga y el pulgón.

Aplicales los insecticidas apropiados y ya puedes dormir tranquilo.

Y regocíjate, en fin, con los tuyos, por los resultados obtenidos. La tierra es buena madre: nos da de todo.

Recuerda, asimismo, que el trabajo honrado es la fuente de toda felicidad y que el hombre ocioso es un ser despreciable.

Adelante, pues, con tus faenas y tus anhelos, que al fin tendrás el premio que mereces.



EL TRIGO

¡Bendito sea el labrador
que abrió surcos rectilíneos,
y bendito el sembrador
que en los surcos echó el trigo!

Cantando creció el trigo,
alegre de su destino.

¡Bendito sea el segador
que en gavillas juntó el trigo!

Bajo el oro y la alegría
del fecundo sol de estío,
¡benditos los trilladores
que desgranaron el trigo!

Y bendito el panadero
que fué amasando la harina
para que la casa nuestra
tenga el pan de cada día...

Gastón Figueira.

LA TRILLA

La chacra está de fiesta. Brillan al sol las parvas de trigo, esperando la trilla. De otras colonias llega la trilladora, máquina que desgrana las rubias espigas.

Se la coloca cerca del motor de alta chimenea, que la hará marchar en cuanto adquiera fuerza por medio del vapor. Una larga y ancha correa une las dos piezas.

Todo se halla listo para empezar la faena. Los hombres, con grandes horquillas en sus manos, esperan la señal convenida. Algunas mujeres observan con curiosidad los preparativos. El aguatero, con su pipa enorme montada en un carro de dos ruedas, sigue trayendo, del arroyo o la cachimba, el líquido que no tardará en convertirse en vapor.

Ya no falta nada. El motor lanza al espacio un agudo silbido. Cada hombre se ubica en su sitio. La ancha correa bien untada de un líquido pegajoso, para que no resbale, comienza a crujir. Se mueve el volante del motor y la polea de la trilladora le obedece e imita.

El comienzo es un débil rumor de ejes y de ruedas. Pero, de pronto, galopan enloquecidos los émbolos, se acallan todas las voces humanas y sólo se oye el formidable zumbido de la trilladora que traga sin saciarse las gavillas bronceadas.

En un momento todo se transforma. Cajones alineados se llenan con gruesos chorros de trigo, que luego se embolsa y traslada a los graneros.

La trilla es una fiesta campesina que permite apreciar el esfuerzo y la suerte del honrado chacarero.



BARCOS A VELA

Por más que la máquina se va imponiendo, nunca lo grará hacerlos desaparecer. Tanto debe el progreso del mundo a los barcos a vela, que su paso aviva recuerdos.

Sin las tres carabelas de Colón, el continente que habitamos permanecería ignorado. Tienen, pues, su historia y su leyenda que les asegura larga vida.

Son más débiles y menos veloces que las naves a vapor, pero en cambio son más elegantes. El puerto de Buenos Aires suele ser un nido de estas naves grandes y pequeñas, que andan a impulsos del viento. Las pequeñitas que vemos a lo lejos, entre la niebla del río de la Plata, parecen gaviotas dormidas con sus alas plegadas.

En cambio, las de velamen hinchado parecen enormes

cisnes blancos. La Fragata Sarmiento, el buque-escuela de la República Argentina, que se aleja todos los años para recorrer el mundo, parece un rascacielo flotante y es un pedazo de la patria que marcha a llevar el saludo a otras naciones. En lo alto flamea como nunca su bandera blanquiceleste decorada con un sol de oro.

¡Barcos a vela! sueño y realidad al mismo tiempo, vais soportando victoriósamente el vaivén de las olas y de los siglos.



MUERTOS POR LA PATRIA

Los alumnos se han reunido en el patio. La maestra de segundo grado dirigirá la palabra a los niños. Cuando el silencio es más profundo y las miradas están más atentas, empieza:

—Hoy es el día de los muertos por la Patria. No dedicamos este instante a la recordación de los grandes personajes de la Historia, porque las estatuas mantienen constantemente vivas sus hazañas. Lo dedicamos a los soldados humildes, a los héroes desconocidos, a los que no tuvieron sepultura después de las batallas y a los que fueron arrojados, apresuradamente, en la fosa común; a los que dieron su vida en el combate cuerpo a cuerpo o en las fieras cargas de las caballerías; a los que en Perú, Salta y Tucumán, y también en el Brasil y en los esteros paraguayos sucumbieron valerosamente. Es para ellos este sencillo homenaje;

para ellos son estas flores que vuestras manos tiernas irán dejando caer sobre la bandera que tanto amaran y por la cual se sacrificaron.

Es para ellos toda la emoción del momento, que se mezcla con la ofrenda floral y los colores de nuestra insignia y forman como una nube de gratitud.

Se hace nuevamente el silencio. Los niños desfilan siempre arrojando flores . . .



HÉROES DE PAZ

Junto con los nombres de San Martín, Belgrano y Güemes, figuran en nuestra Historia los de Moreno, Rivadavia y Sarmiento. Los primeros se hicieron héroes en la guerra, defendiendo la independencia. Moreno se hizo igualmente célebre alentando y organizando la causa patriótica; Rivadavia y Sarmiento, con la palabra y sus nobles acciones, imponiendo el orden interno y apurando el progreso de la Nación.

Y al lado de esos astros argentinos, debemos colocar a todos los que, con la pluma, con la palabra y sus nobles acciones contribuyeron al adelanto de las ciencias y las artes. Alberdi, Ameghino y tantos y tantos otros, merecen ser recordados con igual cariño; fueron buenos argentinos.

El maestro, que hace su siembra en los días de paz, es también un héroe. La Argentina tiene, por suerte, muchos héroes civiles, los que continuaron por otros caminos la grandiosa obra de San Martín.

En este día, elevemos al cielo las plegarias para que sus almas descansen en el reino de los buenos.

LOS BOMBEROS

Son los héroes desconocidos de la ciudad. Mientras unos descansan, los otros, desde su cuartel, esperan atentos el primer llamado. Cuando alguien solicita auxilio, allá se lanzan velozmente, con sus carros, dispuestos a jugarse la vida en defensa de la ajena. No importa que las llamaradas calienten los cascos de bronce, que las paredes se derrumben y haya espanto en la gente amenazada por el incendio. Si es necesario llegarán, entre lenguas de fuego y nubes de humo, allí donde una voz clame por su presencia. Son hombres probados en esos trabajos de riegos y ninguno tratará de eludir su concurso valeroso.

Para ser bombero se necesita tener gran amor por el prójimo.



La ciudad comprende el papel que desempeñan los bomberos. Y por ello les entrega su respeto, su admiración y su simpatía. Enemigos de la muerte y de las llamas, soldados de la paz, camaradas del progreso, todavía no tenéis en Buenos Aires un monumento. Estamos en deuda con vosotros; pero alguna vez conoceréis lo grande que es nuestra gratitud.

EL CAMIÓN

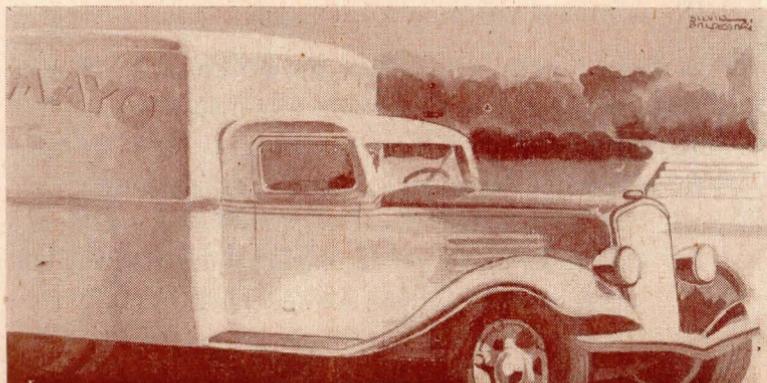
El camión es simplemente un automóvil con otra carrocería. Ha venido a reemplazar a los grandes carros de carga, tirados por yuntas de caballos, de los cuales todavía se ven algunos por la ciudad. Sirve para el transporte de toda clase de mercaderías, ya se trate de hierros o de materias alimenticias.

Los hay chicos, de tamaño mediano y de mayores dimensiones que los nombrados. Naturalmente, que la carrocería tiene que andar de acuerdo con el motor, pues si aquélla es pesada una maquinita de poca potencia no lo podría mover.

Casi todas sus piezas, a excepción del motor, que aun debemos importarlo de otras naciones se construyen aquí.

En la República Argentina se ha difundido tanto el uso del camión, que las empresas ferroviarias empiezan a preocuparse por la competencia que le hace, sobre todo en los sitios donde existen buenos caminos.

El camión es un índice de progreso. Solamente no lo conocen los pueblos muy atrasados, que utilizan todavía vehículos tirados por animales.



UN NUEVO JUEGO

¿Quieres estar sano?

¡Sí!

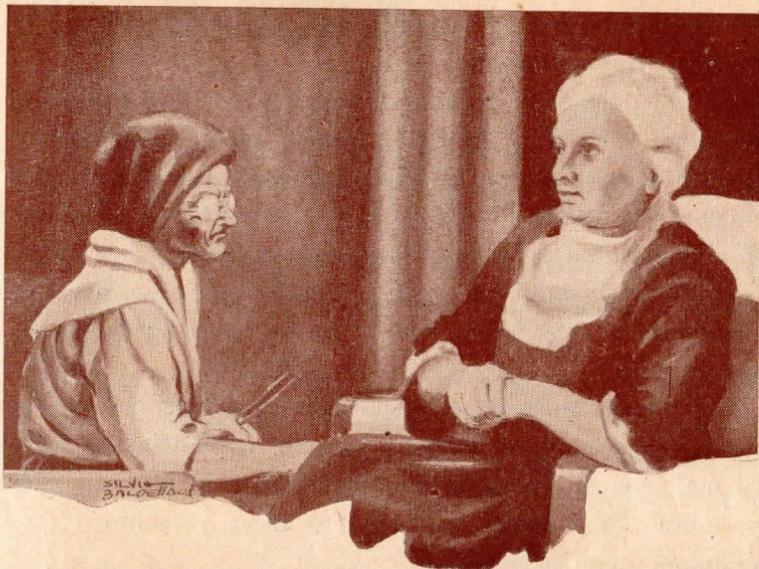
Pues aprende este nuevo juego: El juego de la salud. Al practicarlo hay que tener presente ocho reglas principales, a saber:

- 1º Darse un baño diario, y más en el verano si son necesarios.
- 2º Cepillarse los dientes después de cada comida.
- 3º Dormir largas horas con las ventanas abiertas, tanto como sea posible.
- 4º Beber por lo menos medio litro de leche fresca, diariamente.
- 5º Comer legumbres frescas y frutas frescas o secas, todos los días.
- 6º Beber agua potable entre las comidas.
- 7º Jugar a pleno aire el mayor tiempo posible.
- 8º Mover el vientre todos los días.

Y no te limites solamente a recordarlas. Dedícate a este juego y cumple estrictamente sus disposiciones. Así no obligarás a que llamen a menudo al médico.

Recuerda que las bebidas que receta son muy amargas...

Por algo se ha dicho que la mayor riqueza es la salud y que es más feliz un mendigo sano que un rey enfermo.



VIEJITA SIN DIENTES

Doña Rosario es una viejita arrugada como una pasa de uva. Camina con la cabeza gacha y va dando tropezones por la calle. La gente le calcula un siglo de edad, pero acaba de cumplir setenta años.

Su boca, sin ningún diente, está hundida; parece que se va a tragarse la nariz aguileña.

Habla con dificultad y se come parte de las palabras.

En el barrio la llaman "la bruja" por su aspecto desagradable. Los niños le huyen de miedo y las personas mayores le tienen compasión. Y lo cierto es que doña Rosario es buena, servicial y quiere mucho a los chicos.

Cuando ella se lamenta del mal recibimiento que le

hacen en todas partes, doña Ramona, su hermana mayor, le replica invariablemente:

—Tú tienes la culpa, Rosario. Yo te llevo diez años de edad y parezco hija tuya. Nunca quisiste cuidarte los dientes y se te fueron cayendo uno tras otro. Sin dientes no podías masticar los alimentos y enfermaste del estómago. Por mala nutrición envejeciste de golpe y eres ahora un es-tropajo. En cambio yo no los descuidé jamás, y ya ves el resultado. Estoy fuerte, sana y puedo andar horas enteras sin fatigarme.

Entonces doña Rosario se asusta y promete hacerse colocar una dentadura postiza. Aunque no podría remediar su mal, con ella conseguiría, por lo menos una vida más pa-
zadera. Pero luego olvida su promesa y continúa des-agradando con su boca.

El hábito de la higiene bucal debe adquirirse en los primeros años. Y quienes no lo adquieran a tiempo, serán ancianos repelentes o viejas brujas como doña Rosario.

EL BAÑO

No había forma de que "Roñita", como le llamaban sus compañeros, se amigara con el baño. Igual que los gatos, tenía miedo al agua, pero un miedo feroz.

"Roñita" se caracterizaba por su poca limpieza. No hay duda que era un mal ejemplo y un peligro para todos los niños.

Cierto día, "Roñita" cayó enfermo y lo llevaron al hospital. Los médicos del establecimiento, después de examinarlo atentamente, ordenaron que le cortaran el cabello y lo bañaran. Bastó higienizarlo para que pareciera otro muchacho.

Con los solícitos cuidados que le prodigaron, pronto

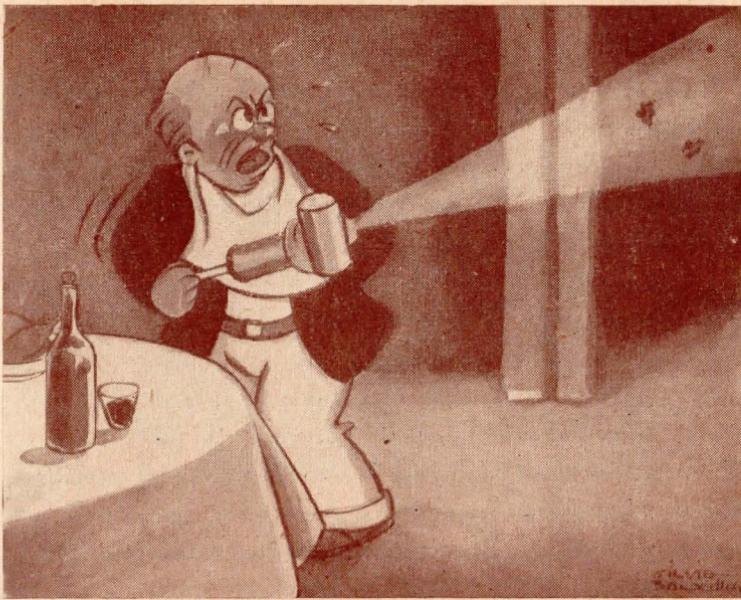


sanó, y aumentaron su ánimo, su apetito y los deseos de estudiar, cosas que jamás le habían ocurrido.

Allí probó el baño tibio, el frío y el de sol, y aprendió a gustarlos. A las tres semanas lo dieron de alta.

Ya no se le llama más por ese feo sobrenombrre. Concurre a la escuela y es un excelente alumno.

Sin baño no hay salud, ni alegría, ni gusto para trabajar. Todo hombre o niño debe bañarse diariamente. Con ello previene muchas enfermedades, despierta la inteligencia y consigue la estimación de las personas limpias. Quien no practique tal regla de higiene, será un conductor de microbios y un ser despreciable.



¡GUERRA A LAS MOSCAS!

Cuando se quiere poner como ejemplo algo repugnante, se dice: la mosca. Todos estamos de acuerdo en que es un insecto de lo más molesto, ya que con insistencia se posa sobre las gentes.

Como elige los alimentos más inmundos, prefiriendo las materias putrefactas, es una mensajera segura para el contagio de las enfermedades. He ahí la razón por la cual una sola de ellas que caiga sobre la bebida o la comida nos produce el mayor asco.

Pero el Creador, según se dice, no ha mandado a la tierra animales totalmente inútiles o completamente perju-

diciales. La mosca, siendo tan repulsiva, presta también algún beneficio a la humanidad.

Como ella se ocupa en devorar los animales muertos y se nutre preferentemente de las materias descompuestas, destruye muchos focos de infección. Hace el mal y el bien al mismo tiempo. Mas su actividad bienhechora no consigue borrar la repugnancia que nos provoca.

Abunda en los sitios de menos higiene y especialmente en el campo, pero no falta en las ciudades. El olor de la carne la atrae inmediatamente y hay que librarse verdaderas batallas para alejarla. También gusta de servirse de los alimentos dulces, como el azúcar y la miel. Se mete, pues, en todo y con todo. El frío y la oscuridad son sus enemigos. Durante el invierno muere la mayor parte, pero en la primavera y el verano llega tanta o más cantidad que la desaparecida.

La mosca es un insecto portador de temibles enfermedades, como ser la tuberculosis, el tifus y el cólera.

¡Guerra a las moscas, entonces! Guerra sin cuartel, utilizando la trampa, el ventilador y otros medios de exterminio y de defensa.



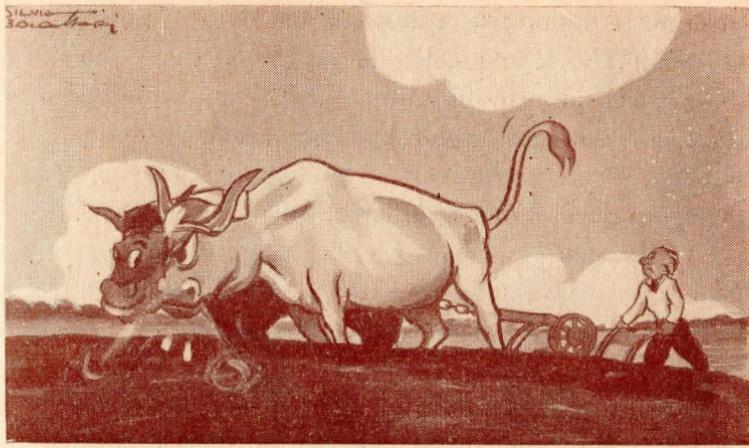
EL GANADERO

Llamamos ganadero al hombre que se ocupa en la cría de vacas, ovejas y potros. El ganadero que vive en sus tierras, resistiendo el llamado de la ciudad, es rudo y noble como los gauchos que sirvieron a las órdenes de Güemes y de Belgrano. Es también laborioso como el chacarero de la Pampa o Santa Fe. El sol nunca lo toma en la cama. Se levanta antes del alba, come su jugoso churrasco y se va luego a realizar su tarea campesina. Siempre halla qué hacer en cualquier época del año. Pero es en primavera cuando su trabajo le demanda más tiempo y más atención. Tiene que vigilar la esquila de las ovejas, la marcación de los terneros y el señalamiento de los blancos corderitos; debe bañar los novillos para quitarles la garrapata y las majadas para evitar la sarna.

Así transcurre la vida del ganadero argentino. Por el día anda, observa y resuelve los problemas que se le pre-

sentan. La noche lo encuentra en su rancho o en su estancia moderna oyendo la charla sencilla de los peones o el lamento de alguna guitarra.

El ganadero es un hombre alegre y bondadoso. Y nadie representa mejor esa honradez y nobleza criollas de que nos orgullecemos los argentinos.



EL BUEY

¡Pobre buey rubio, de ojos tristes y astas color ceniza! Al rayar el alba el peón de la chacra le puso el yugo en la nuca, le envolvió la coyunda en los cuernos y lo dejó esperando al compañero.

—Si me ayuntan con el negro de ayer, hoy me muero de cansancio — pensaba el buey rubio.

Y así ocurrió, en efecto. El peón lo ayuntó con el negro haragán y mañero, que ya ni hacía caso a la picana, porque tenía el cuero curtido por el clavo.

Como el buey rubio era más ágil, a él le tocó el lado izquierdo, por lo cual le ataron una cuerda a la oreja de afuera, medio de que se sirven los labriegos para gobernar las yuntas.

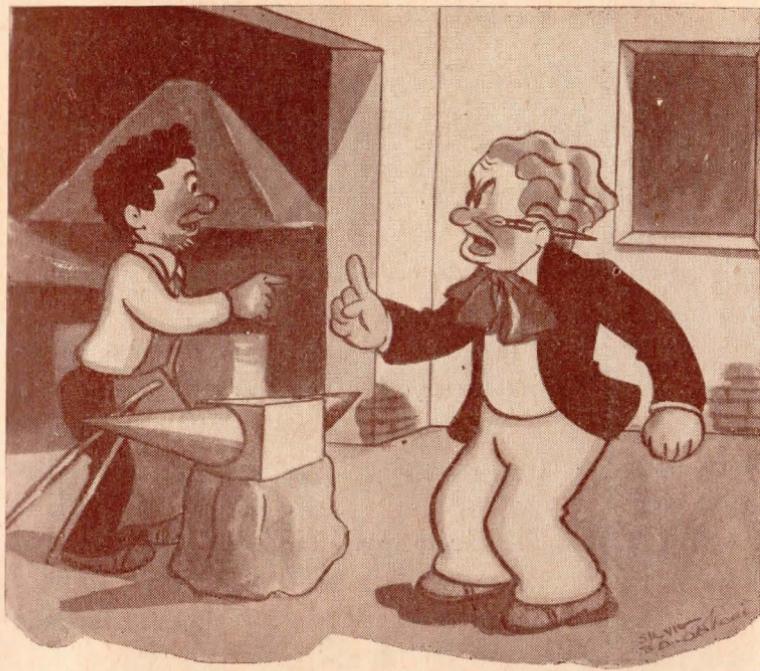
Lo peor del caso es que iban a roturar la tierra virgen, haciéndose la tarea más pesada e insoportable. Pero al

peón no le importaba la angustia del buey rubio y empezó el trabajo. Cortó una melga de tres kilómetros, sin dar tiempo a que respiraran los animales. El buey rubio ya no podía más y sus ojos imploraban compasión. Mientras tanto, el negro seguía sin fatigarse, rumiando lentamente. En ese momento llegó el dueño de la chacra y ordenó al peón:

—Largue esa yunta, Cirilo. El retinto no sirve para nada y nos va a matar al rubio. A este le da un largo descanso, y al otro no lo hace trabajar más. Páselo al potrero de engorde.

—¿Has visto, rubio? — dijo en voz baja el buey negro —. A mí, por haragán, me dan la libertad. Y a ti, por laborioso, no te dan más que un descanso.

—¡Te equivocas, hermano! El trabajo tiene su recompensa. Yo seguiré tirando del arado, un día sin fatiga y otro con ella, pero tú vas derecho al matadero.



EL FORJADOR

Todas las mañanas, a la misma hora, aquel herrero de brazos gruesos encendía la fragua y comenzaba luego su trabajo. Su vecino, un hombre de estudio, lo malquería de todo corazón. ¿Causa? Simplemente porque el herrero, sin sospecharlo, interrumpía sus meditaciones.

Cierta vez, cansado ya de tanto ruido, resolvió interesar al machacador de hierros candentes.

—Tu trabajo y el mío — le dijo — no pueden realizarse al mismo tiempo. Uno de los dos tiene que mudarse de aquí.

—Te equivocas, vecino — replicó el forjador —. Tú por una senda y yo por otra, realizamos el mismo fin.

—No digas disparates y contesta mi proposición.

—¿Disparates? ¿Qué buscas tú leyendo y escribiendo todo el día?

—Producir alguna obra bella.

Lo mismo hago yo, vecino. Tomo el hierro frío, lo enrojezco en el fuego, y después lo domo a mi antojo en el yunque a golpes de martillo.

Un cliente de la casa cortó el animado diálogo. El herrero, desatendiendo a su vecino, empezó la obra que se le pedía. El hombre de estudio no perdía detalle de aquella interesante labor; pero de pronto se marchó apurado a sus habitaciones.

A la mañana siguiente volvió a la herrería, frotándose las manos de contento.

—¿Vienes por mi respuesta? — preguntó el forjador malhumorado.

—Nada de eso. Vengo a darte las gracias...

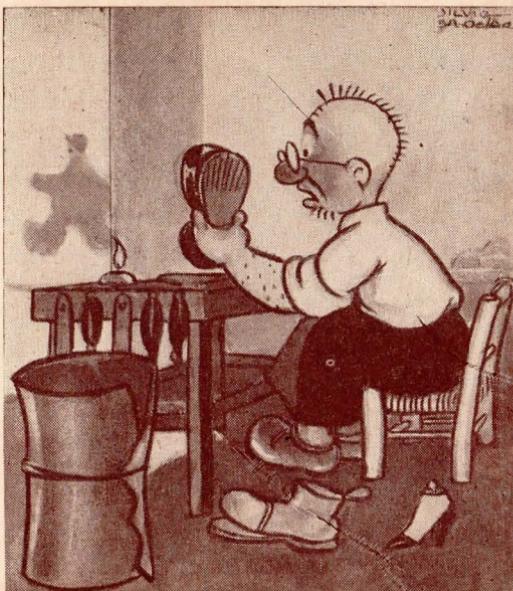
—Gracias ¿por qué?

—Porque tu taller es también una escuela. Ayer, contemplando tu habilidad de artista, encontré el tema y el título de mi próximo libro.

—Que se llamará...

—La fragua, precisamente.

No hay tarea ni oficio despreciables. Todo lo que es trabajo, hasta el más rudo y el más simple, tiene su hermosura. Para darse cuenta de ello basta con mirarlo atentamente y abrir de par en par nuestros corazones.



EL ZAPATERO

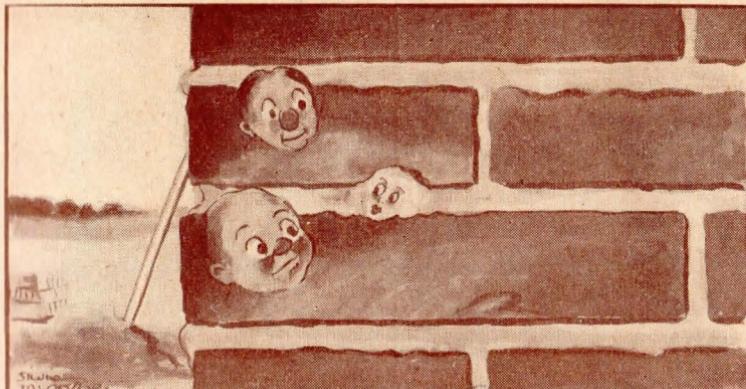
Inclinado sobre su banco de trabajo, hecho casi un ovillo en su silla bajita, al cabo del día el zapatero ha transformado los elementos de que dispone en objetos de arte.

Maneja con admirable destreza la lezna, la trincheta y el martillo. Con igual habilidad corta los cueros de potro o los de cabra, que remoja y estira pacientemente para que el calzado no aparezca con arrugas.

Tiene amor a su oficio y es un sabio en su materia. Nadie le discute su competencia y se le deja hacer a su antojo. Pocas veces se equivoca; pero si así ocurre por casualidad, ya sabrá él cómo salir del paso. Es también un

maestro en lo suyo. Su vida reposada suele hacerle creer de que conoce muchas otras cosas. Y se equivoca, naturalmente. De ahí viene el dicho que solemos oír a cada instante: zapatero a tus zapatos.

Solamente el ignorante puede pretender saberlo todo. Hay que conformarse con lo que hayamos aprendido o lo que vamos aprendiendo. Y hay que escuchar siempre, atentamente, porque nunca dejaremos de aprender.



LA CAL

Un terrón de cal, no bien mezclado en la argamaza, se quejaba a los dos ladrillos que le tenían aprisionado.

—¡Tengan piedad de mí! ¡Reclamo compasión! ¡Si supieran todo lo que he sufrido hasta llegar a este estado! Si me lo permiten lo referiré.

Fuí al principio piedra caliza que, a fuerza de dinamita, me desprendieron de un trozo mayor. En la cantera descansaba tan plácidamente... Colocada luego en una vagoneta, junto con otros pedazos, me encerraron en un horno subterráneo. El fuego, que al principio fué más bien calorcito, me chamuscó bastante; pero, ¡horror! rápidamente se elevó a las nubes, y me puse roja. Sí, completamente roja. La suerte es que tengo cierta resistencia. Eso sí, perdí tanta agua en ese maldito infierno que salí completamente cambiada. Ni yo misma me reconocía al principio. Más

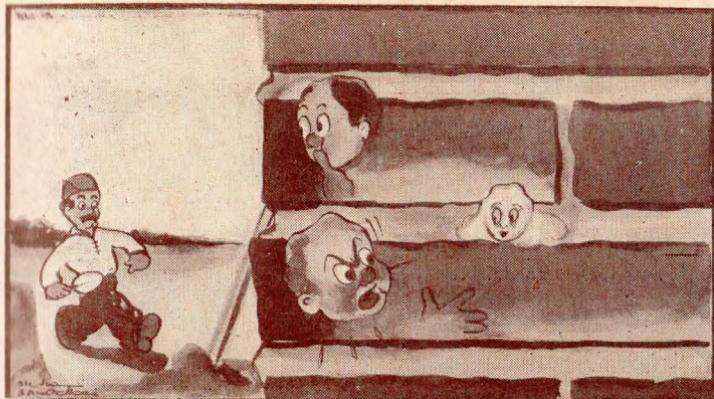
aun cuando, repuesta un tanto, oí a un señor que le decía a su curioso hijo:

—Ves, esta piedra se llama cal viva.

Y le dijo más; le dijo que yo serviría para pintar paredes, para evitar que se pudrieran las semillas y para curar los árboles enfermos. ¡Casi me vuelvo loca!

Después comprendí que ese simple baño turco me había proporcionado cualidades de valor, y me alegré mucho.

Los ladrillos, que habían escuchado el relato muy atentamente, ni siquiera se conmovieron.



HISTORIA DE UN LADRILLO

—¡Oye, trozo de cal viva! — murmuró uno de los ladrillos, el más conversador de los dos que el destino había reunido.

—¿Qué quieres, vecino? — contestó el trozo de cal.

—Pues, contarte mi historia, que yo también la tengo y no es menos interesante que la tuya.

—Habla, entonces, pelirrojo, y no te pongas más colo-rado que de costumbre.

—No te rías de mis colores, que la culpa no es mía. De eso quería hablarte, precisamente, porque antes no era así. Fuí en otro tiempo tierra arcillosa. La mano del hom-bre me arrancó del suelo y después de mezclarme con es-tiércol y mojarme todo cuanto quiso, me amasó sin compa-sión. ¡Qué amasijo, señor!

—¿Y después?

—Después quedé convertido en barro, me cortaron con moldes de madera y me tendieron al sol para que me seca-

ra. En tal instante cambié de nombre. Dijeron a mi lado que yo era un adobe.

—Una tortura insoportable...

—Hasta ese momento, sí. Pero un buen día me llevaron al horno, construído con otros ladrillos. Y durante ocho días permanecí adentro, sin respirar, quemándome vivo...

Ya ves que he sufrido tanto como tú, cal viva.

—A mí me ocurrió algo por el estilo, ya os lo dije. Consolémosnos, aunque dicen que el mal de muchos es el consuelo del tonto.

—Es que yo no soy tonto, cal viva. Aguanto porque no tengo más remedio.

—¡Calla! Ahí se aproxima el verdugo y odia a los charlatanes.

Llegó un albañil con su amplia cuchara y cortó de un tajo la oreja izquierda del ladrillo, que sobresalía del nivel. El herido iba a protestar, mas su compañero le dijo en voz baja:

—Si gritas te harán polvo en la moledora y a lo mejor te lleva el viento.

A veces, quien se cree desdichado, ignora que hay penas mayores que las suyas.



LA ÚNICA JOYA

Sentado al pie de una palmera un mercader de objetos de valor, joyas, perfumes y tapices, descansaba. Su cara demostraba honda preocupación.

Un viajero se aproximó al pensativo mercader, diciéndole:

—Buen amigo. ¡Salud! Parecéis muy preocupado. ¿Puedo acaso ayudaros en algo?

—¡Ay! — respondióle. — Estoy muy afligido porque acabo de perder la joya más valiosa.

—¡Bah! — dijo el otro — la perdida de una sola joya no puede ser gran cosa para quien lleva tesoros más grandes. Fácil os será reponerla.

—¡Reponerla! ¡Reponerla! — exclamó el mercader. — Bien se ve que no calculáis el valor de mi pérdida.

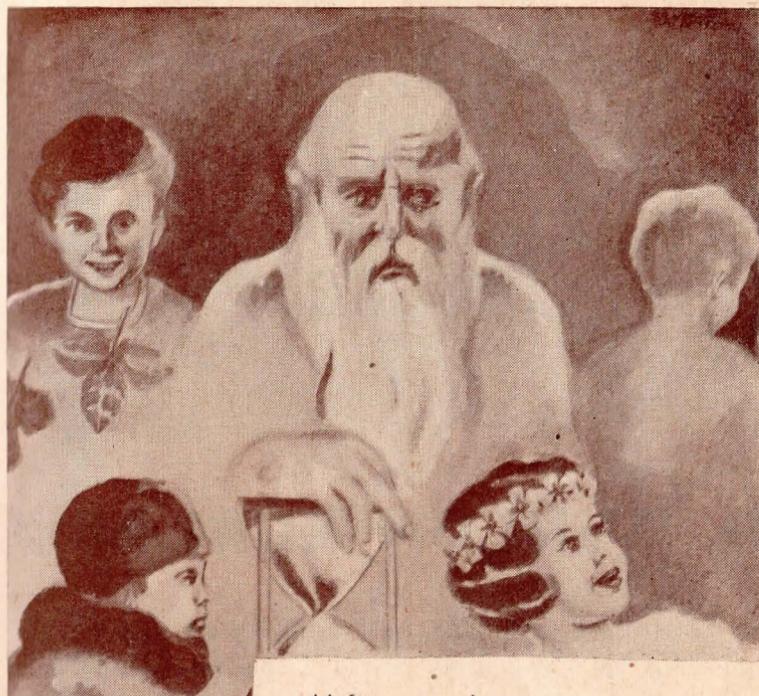
—¿Qué joya era, pues? — preguntó el viajero.

Era una joya tallada en un pedazo de piedra de la Vida, y había sido hecha en el taller del Tiempo. La adornaban veinticuatro brillantes alrededor de los cuales se agrupaban sesenta más pequeñitos. ¡Ya ves cuánta razón tengo al decir que tal joya no se puede reponer!

—Pero puede hacerse otra igual — replicó el viajero.

—No, señor — respondió el mercader. — La joya era un día, y un día que se pierde no se vuelve a encontrar jamás.

(Adaptación de la prosa de Rabindranath Tagore).



Al fin cansado
de tanta guerra,
el Tiempo echó a los hijos de su
[lado,
a vagar sobre la Tierra.

Y, en sus bridones,
de cerro en vega,
se persiguen las estaciones:
cuando una sale otra llega.

C. O. Bunge.



CUENTO **EL BURLÓN BURLADO**

Un señor comerciante, que viajaba hasta muy lejana población, fué sorprendido por la noche, resolviendo llamar a la puerta de una casa en demanda de alojamiento.

El dueño de la casa, hombre de muy buen humor y amigo de dar bromas, le dijo que, debido a una ley nueva, no podía recibir a ningún forastero sin hacerle marcar primero tres pasos hacia la calle.

—Como ignoro el largo de los pasos que debo dar — repuso el recién venido — muéstrame tú, que imitándote luego yo los haré.

Muy de acuerdo, el dueño de casa dió tres largos pasos, los más largos que pudo, llegando a la calle.

Entonces el forastero cerró la puerta, dejando afuera al dueño.

—¿Cómo te atreves a ponerme fuera de mi casa? — gritó el dueño.

—No te enfades — contestó el viajante. Hice contigo lo que tú pretendiste hacer conmigo. Intentaste burlarte de mí y resultaste tú el burlado...

Reconociendo su mal proceder, el dueño de casa pidió perdón y dió alojamiento al viajante, con quien hizo amistad. Desde entonces, cada vez que el viajante tiene que volver a la lejana población, pasa la noche en casa del amigo.



BUM — BUM CUENTO

El niño estaba pálido, muy pálido, y la madre al pie de la camita sufría mucho al verlo enfermo. Tenía siete años. Era rubio, rosado, y se llamaba Francisco.

Estaba silencioso, triste; no quería tomar nada. Sus ojos buscaban algo lejos...

Cada vez que la madre le preguntaba: —¿Quieres alguna cosa, Francisco? — respondía: —No; no quiero nada.

Fué inútil traerle soldados dorados y hombres chinos.

—¿Ves, tú? Es un general. Si tomas bien tu bebida, te compraré uno de veras, con túnica de género y hombreras de oro... ¿Quieres el general?

—No — respondió el niño con la voz seca que da la fiebre.

Y a todo lo que le siguieron diciendo, y a todas las promesas que se le hacían, contestaba: —No, no y no...

—Pero ¿qué es lo que quieres? — preguntó al fin la madre.

—Veamos. Hay alguna cosa que deseas. Díla; dímelo tesoro.

Entonces el niño, extendiendo su mano hacia donde nada se veía, dijo: —¡Quiero a Bum-Bum! Sí, a Bum-Bum.

¿Qué quería decir el chico con ésto? El padre recordó, bien pronto, que unos días antes había llevado a Francisquito al circo. Tenía aún en sus oídos las demostraciones de alegría, sus carcajadas cada vez que el payaso, el buen payaso, todo cubierto de lentejuelas de oro, con una gran mariposa de color rojo en la espalda de su traje negro, hacía piruetas, una zancadilla a su compañero, o quedaba sin moverse con la cabeza para abajo y los pies en el aire, o tiraba a la araña de la luz el sombrero de fielha que luego recibía directamente en su cabeza. Ese era Bum-Bum. Era el payaso del circo, el que divertía a toda una parte de la ciudad. Francisquito quería verlo, tenerlo a su lado...

La noche del mismo día, el padre trajo al enfermito un payaso comprado en una juguetería. Le había costado el trabajo de cuatro días. Pero él hubiera dado el de veinte, el de un año, por alegrar a su pequeñuelo.

—Este no es Bum-Bum — dijo al verle. ¡Yo quiero a Bum-Bum!

Desesperado el padre fué al circo, pidió la dirección

del payaso y, ya en su domicilio, penetró sin permiso. Encontróle, y después de pedir perdón dijo que el enfermito quería verle; que no pensaba más que en él y que le tenía como una estrella.

—¿Dónde vive usted? preguntó Bum-Bum.

—¡Oh, muy cerca!

—¡Vamos! ¿Quiere ver a Bum-Bum vuestro muchacho? Bien; lo va a ver.

Y en el mismo momento que la puerta se habría delante del payaso, el padre gritó a su hijo:

—¡Francisco, ponte contento, aquí tienes a Bum-Bum en persona!

El niño no reconoció a Bum-Bum, que había venido vestido de particular.

—¡Este no es Bum-Bum! — dijo dolorosamente.

—Es cierto ¡éste no es Bum-Bum! — repitió el payaso, y se fué.

El niño comenzó a llorar desconsoladamente. Pero no había pasado ni media hora cuando se abrió de repente la puerta y apareció el payaso con su malla negra y la mariposa roja: el verdadero Bum-Bum.

—¡Bum-Bum! ¡Es él; esta vez es él! Buen día Bum-Bum.

Cuando el médico volvió ese día, encontró al niño mejorado, y junto al lecho un payaso que, para hacerle tomar la medicina amarga, le decía:

—¿Tú sabes que si no bebes todo, todo, Bum-Bum no volverá más?

Y el niño la bebía toda...

—¿No es cierto que es muy rica?

—Muy rica! Gracias, Bum-Bum.

—Doctor — dijo el payaso al médico — no se ponga celoso. Me parece que mis muecas le hacen tanto bien como vuestras recetas.

Y hasta que Francisquito se repuso del todo, siempre acudió el payaso, sin faltar una sola mañana.

—¿Qué es lo que se le debe, señor? — dijo cierto día el padre al payaso.

—Un apretón de manos.

Y besando luego las mejillas del niño, agregó:

—Y el permiso para poner en mis tarjetas de visita: Bum-Bum, doctor acróbatas, médico de cabecera de Francisquito.

(Adaptación del cuento de Julio Claretie).

LA FIESTA DE LOS INSECTOS

CUENTO

—¡Ya me tienes aburrido con tu canto monótono — dijo el alacrán al grillo, cuando éste canturreaba en su rinconcito para ensayar el cri-cri de costumbre. Lo peor es que antes sólo cantabas por la noche y ahora se te ha ocurrido hacerlo también por el día. Si no fueras tan solitario y vanidoso, si supieras escuchar en vez de creerte el poeta mayor de los insectos, te esconderías avergonzado de la pobreza de tus cuerdas vocales.

—¡Calla, desdichado! Conozco tu oficio y lo que vales — contestó el grillo de mal humor. Vives picando y envenenando a los de tu familia y ni siquiera respetas al hombre.

—Insensato. Si no fuera por mí, el mundo de los insectos no llamaría la atención de los humanos. Yo he nacido para picar y criticar; pero mi maldad, que reconozco, sirve también de progreso.

—Déjame cantar, repelente! Sigue arrastrándote y envenenando todo lo que tocas a tu paso.

—Dices la verdad; pero sé quien soy y tú ignoras quién eres. ¿Por qué no invitas a una fiesta en pleno día a los otros insectos? Yo, aunque soy nochero, te acompañaré de buena gana. Ya verás lo poco que vales frente a la abeja, a la cigarra...

El grillo, tocado en su amor propio, aceptó el desafío.

—¡Invita, venenoso, a todos tus conocidos, porque no han de sobrarte amigos! Mañana entra la primavera y ya no tendrás miedo al frío...

Al otro día, una tarde soleada, comenzaron a llegar los invitados al salón verde del poeta grillo.

—Será una fiesta como la de los hombres — manifestó el alacrán —, y a ti te falta de todo.

—¿Cómo se divierten los hombres? — preguntó intrigado el inocente grillo.

—Comiendo, bebiendo, bailando, volando y oyendo música. Pero no te aflijas, ignorante, que yo lo arreglaré todo...

Pegadas contra el suelo, en negras y rubias caravanas, fueron entrando las hormigas. La Reina, que nunca había abandonado su palacio subterráneo, tuvo el capricho de hacerse presente. Traían hojas frescas y frutas maduras para el banquete. También pétalos de rosas para los floreros.

—¿Eso es todo? — preguntó el grillo.

—No. Ahí vienen las abejas trayendo licor, el de sus mieles; las mariposas, nuestros aeroplanos, para sombrear el paisaje con su ondulante cortinado de seda.

—¿Nada más?

—¿Eres ciego? ¿No ves a esos millares de invitados que han ido tomando asiento? Sólo te he presentado a los más distinguidos...

—¿Y los músicos? ¿Y los poetas?

Zumbó de pronto un mangangá. El grillo, riendo primero, apretó luego los pedales de su instrumento e hizo callar al visitante. La fiesta estaba en lo mejor y reinaba por sus méritos el dueño de casa. Mareados de tanto fumar, unos murciélagos vecinos promovieron un escándalo.

—¡Silencio, señores! — tuvo que salir a gritar el ala-



El coyuyo, aprovechando el momento, lanzó su canto al espacio, acompañándose divinamente.

crán, mientras mordía la pata del grillo, haciéndole dar un alarido.

—Ahora va a cantar el más músico y el más poeta de todas las familias aquí reunidas, señores.

—¿Cómo se llama? — inquirieron a coro los invitados.

—Le llaman “coyuyo” y es argentino.

—Es una cigarra — zumbó envidiosamente el mangangá. Los antiguos, en Europa, le decían aeda...

—Tal vez descienda de ellas o ellas de él; pero es más grande, vuela más lejos y canta mejor — replicó el alacrán.

Las cigarras o chicharras del sur, se miraron consultándose sobre su pariente tucumano o salteño, que había agregado, según se decía, nuevas sonoridades a su escondida cajita de música.

El coyuyo, aprovechando el momento, lanzó su canto al espacio, acompañándose divinamente.

Dos horas más tarde la fiesta seguía en su esplendor y el coyuyo siempre cantando, cantando, entre la creciente admiración del auditorio. Nadie atrevióse a interrumpirlo, ni siquiera la hedionda cucaracha que estaba envaneizada con la injusta fama que el hombre le ha dado.

El grillo, avergonzado de su derrota, huyó por entre la maleza, jurando no salir más durante el día.

Y desde entonces su voz sólo se oye por las noches, cuando duerme el coyuyo, porque en tierra de ciegos el tuerto es rey. Pero no estará tranquilo en el reino de la oscuridad. Las luciérnagas, a su paso, le improvisarán una lluvia de estrellas, haciéndole recordar el sol que echó por tierra su vanidad.



ÚLTIMO DIA DE CLASE

Ya estaba terminado el año escolar. La maestra lo recordó a sus alumnos, pidiéndoles que no abandonaran los libros durante las vacaciones.

Los más buenos y aplicados hacían esfuerzos para retener las lágrimas. Hubo un momento de silencio, que nadie se atrevía a interrumpirlo. La campana anunció el último recreo, y esta vez pareció un lamento. El grado abandonó el aula querida y se fué a blanquear el ancho patio de la escuela. Allí comenzaron los abrazos, los cambios de objetos para recuerdo, el olvido de las rencillas.

Uno de ellos, Robertito Pérez, permanecía mudo y alejado del grupo de bulliciosos.

—¿Por qué tienes esa cara fúnebre? — le preguntó su compañero de banco.

—¡Como para no tenerla! — contestó el chicuelo.
—Cuando en casa se enteren de que no he pasado...

—¿Qué te harán?

—¡Yo no sé, pero tengo miedo, mucho miedo!

—Vamos a decírselo a la Señorita, Robertito...

—¡La Señorita! Ella tiene la culpa. Me ha perseguido todo el año...

El culpable eres tú, Robertito. No querías estudiar y te reprobó. La Señorita es muy buena. Mírala cómo sufre porque tú estás triste...

Sonó otra vez la campana. Los niños volvieron a sus asientos. En el aula, la maestra, haciendo aún la voz más dulce, preguntó a Robertito:

—¿Quieres estudiar conmigo en las vacaciones? Yo tengo juguetes y dulces y un caballo muy lindo que será para ti.

El niño no supo qué responder y se echó a llorar.

Momentos después lo vieron cruzar las calles, junto a su maestra, como un pajarito sobresaltado que buscaba la sombra de un árbol amigo.



ÍNDICES

INDICE DE ASUNTOS

Asunto N° 2. — EL TRABAJO.

El caballo	13
Caballito criollo (poesía)	15
El hacha perdida (cuento)	57
El asno	62
Justicia (cuento)	111
El camión	140
La trilla	143
El ganadero	157
El buey	159
El zapatero	163
El forjador	161
La única joya (cuento)	169
El maestro del pueblo argentino	109
Héroes de paz	146

Asunto N° 3. — EL SUELO.

Madre Tierra	17
Nuestras montañas	25
Los médanos (cuento)	37
Los bosques	64
Al árbol (poesía)	66
Arboles que hablan	67
La cola de la serpiente y la cabeza (cuento)	98
La violeta	105
El reloj de Flora	107
Se abre un botón	16
La escuela de las flores	110
La cal	165
Historia de un ladrillo	167

Asunto N° 4. — BUENOS AIRES EN LA EPOCA COLONIAL.

El aguatero	40
El negro farolero	41

Asunto N° 5. — INVASIONES INGLESAS.

La Reconquista	89
Episodio	91
Los patricios	93

Asunto N° 6. — SEMANA DE MAYO.

Patria	42
Cintas celestes y blancas	44
El 25 de Mayo de 1810	46
Un instante decisivo	48
La Primera Junta	50
Mariano Moreno	51
Rivadavia	55
Un valiente general (poesía)	56
Muertos por la Patria	144

Asunto N° 7. — BELGRANO.

Don Manuel Belgrano	52
La jura de la Bandera	53
El Escudo Nacional Argentino	87

Asunto N° 8. — NUESTRA CIUDAD.

Cariño a los pájaros	118
El encanto de un nido (cuento)	120
Baja del nido (poesía)	122
Los bomberos	148

Asunto N° 9. — CONGRESO DE TUCUMAN.

Tucumán	81
La Casa Histórica	83
Actitud enérgica	85
La jura de la Independencia	95

Asunto N° 10. — SAN MARTIN.

El pino de San Lorenzo	69
La muerte del Gran Capitán	96

Asunto N° 11. — EL AGUA.

Entre nubes	33
Llueve en la sierra	35
Picos nevados (cuento)	75
Muñecos de nieve (cuento)	78
Los ríos	123
El canto del arroyuelo	125
Las cataratas del Iguazú	127

Asunto N° 12. — EL AIRE.

Caen las hojas	11
Monólogo del viento	29
Si no fuera por el viento	31
Barcos a vela	141

Asunto N° 13. — EL FUEGO.

El otoño	9
El volcán	27
El invierno	60
Defendiéndonos del frío	73
Oro negro	77
Primavera	101
El verano	137

Asunto N° 14. — DESCUBRIMIENTO DE AMERICA.

¡Tierra! ¡Tierra!	133
Día de la raza	135

Asunto N° 15. — LA PRODUCCION AGRICOLA Y GANADERA.

Faenas de otoño	12
El gorrión	19
La pampa	21
Seamos compasivos con los animales	22
La tumba del soldado (cuento)	23
Faenas invernales	61
Entre cerdos	71
La golondrina	103
Faenas primaverales	102

Ave del cielo (poesía)	104
Don bicho de cesto	113
De gusano a mariposa	115
La gallina de los huevos de oro (cuento)	117
El cuervo, la rata y los palomos (cuento)	129
Faenas estivales	138
El trigo (poesía)	139
La fiesta de los insectos (cuento)	178

Asunto N° 16. — EL CUERPO HUMANO.

Un nuevo juego	150
Viejita sin dientes	151
El baño	153
¡Guerra a las moscas!	155

Fin del libro.

El burlón burlado (cuento)	172
Bum-Bum (cuento)	174
Ultimo día de clase	182

INDICE DE LECTURAS APROPIADAS PARA LAS FECHAS CONMEMORATIVAS

29 de abril: DIA DEL ANIMAL.

Seamos compasivos con los animales	22
La tumba del soldado (cuento)	23

18 al 25 de mayo: SEMANA DE MAYO.

El aguatero	40
El negro farolero	41
Patria	42
Cintas celestes y blancas	42
El 25 de mayo de 1810	44
Un instante decisivo	46
La Primera Junta	48
Un valiente general (poesía)	50
	56

20 de mayo: NACIMIENTO DE RIVADAVIA.

Rivadavia	55
---------------------	----

20 de junio: MUERTE DE MANUEL BELGRANO.

Don Manuel Belgrano	52
-------------------------------	----

4 al 9 de julio: SEMANA DE JULIO.

Tucumán	81
La Casa Histórica	83
Actitud enérgica	85
La Jura de la Independencia	95

4 al 9 de julio: JURA DE LA BANDERA.

La jura de la Bandera	53
---------------------------------	----

12 de agosto: RECONQUISTA DE BUENOS AIRES.

La Reconquista	89
Episodio	91
Los Patricios	93

17 de agosto: HOMENAJE AL GENERAL SAN MARTIN.

El pino de San Lorenzo	69
La muerte del Gran Capitán	96

1^a semana de setiembre: FIESTA DEL ARBOL.

Los bosques	64
Al árbol (poesía)	66
Arboles que hablan	67

11 de setiembre: HOMENAJE A SARMIENTO.

El maestro del pueblo argentino	109
---	-----

23 de setiembre: ANIVERSARIO DEL NACIMIENTO DE MARIANO MORENO.

Mariano Moreno	51
--------------------------	----

12 de octubre: DIA DE LA RAZA.

¡Tierra! ¡Tierra!	133
Día de la Raza	135

31 de octubre: CONMEMORACION DE LOS MUERTOS POR LA PATRIA.

Muertos por la Patria	144
Héroes de paz	146

FIESTA DE FIN DE CURSO.

Ultimo día de clase	182
-------------------------------	-----

F. CRESPILO, EDITOR

